HERALDOS DEL EVANGELIO

Número 235
Febrero 2023

«Pedro, ¿me amas?»

Nada a medias me agrada: o todo o nada

¡Ay, si los mortales comprendiesen —y sobre todo mis sacerdotes y almas religiosas— cuánto me hieren y desagradan las distancias, separaciones, desconfianzas y pequeñas imperfecciones inveteradas que saliendo de ellas, qué tan de cerca me pertenecen! Nadie, quizá, o muy pocas almas a las que ilumino tendrían idea de cuántas vocaciones, tanto sacerdotales como religiosas, serían retiradas al cabo de los años a causa de arraigadas infidelidades. Quieren servirme a medias, conservando sus caprichos y genios, satisfaciendo en todo su voluntad y tomándose libertades incompatibles con su estado y profesión.

Retrato de la Madre Mariana de Jesús Torres, una de las fundadoras del monasterio de la Inmaculada Concepción de Quito (Ecuador)

Por eso no los tolero, nada a medias me agrada, o todo o nada, a mi semejanza, que no me quedó una gota de sangre ni de agua en mi cuerpo destrozado en la cruz. Pero ¡después continué viviendo con estas almas escogidas debajo de un mismo techo, en el sagrario, expuesto a tantas profanaciones, odios y sacrilegios! Todo lo que debía pasar en mi vida sacramental, ¡yo lo conocí!

Y las llamo para compartir con ellas mis amarguras, para que después alcancen el gozo eterno, para que progresen a lo largo de los años, a veces a costa de sacrificios y heroísmo, para que, justamente cuando se aproxime el momento de ceñir las frentes con coronas de gloria inmortal, no se desvíen del camino ni se cansen del suave yugo de mi cruz o, apegándose a las criaturas mortales y poniendo su confianza en la carne que sucumbe con la muerte, se alejen de mí y pierdan su espíritu…

Entonces, las abandono y dejo que sigan todos los deseos de su corazón pervertido, para desconocerlas delante de mi Padre celestial, puesto que ellas en su vida se avergonzaron de la humillación, de la obediencia, de la práctica de las virtudes, las que hacen violencia a la naturaleza, haciendo bellas a las almas, asemejándose a mí, que soy el modelo de los predestinados; y sin esas semejanzas nadie podrá salvarse.

¡Ay, de aquellos y aquellas! ¡Ay!

Palabras del Niño Jesús
a la Madre Mariana de Jesús Torres

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XXI, nº 235, Febrero 2023

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración y Suscripciones:
Fundación Virgen de Fátima
Kubitschek, 750 c/ Celsa Speratti
Bº Bernardino Caballero
Asunción - Paraguay

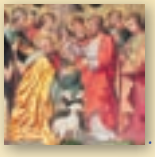
Tel.: (021) 210 262
Cel.: 0982 745 778
administracion@virgendefatima.org
www.virgendefatima.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

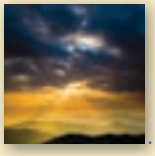
SUMARIO

Escriben los lectores 4

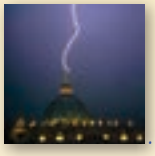
Pedro, ¿quién eres? (Editorial) 5



La voz de los Papas – Encargo divino en manos humanas 6

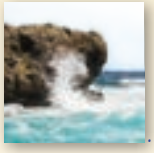


Comentario al Evangelio – «¡Reconciliaos con Dios!» 8

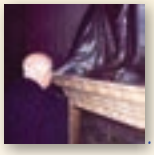


A propósito del fallecimiento de Benedicto XVI – El primero y el último Papa 14

Fulgurante trayectoria de un Papa histórico 18

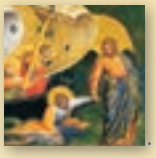


Sobre la piedra que es Pedro 20



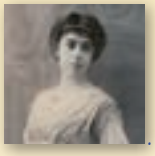
Amor siempre creciente por la Iglesia 24

Santa Walburga – Un alma siempre fiel a la voluntad divina 28

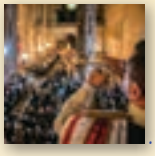


Santa incluso en el exilio, inmortal a pesar del cisma 32

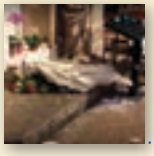
Las cartas de una virgen sabia y prudente 36



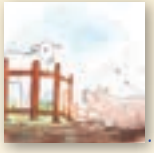
Un viaje marcado por el dolor 40



Heraldos en el mundo 42

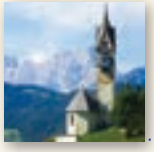


Sucedió en la Iglesia y en el mundo 44



Historia para niños... – La oveja, el cerdo y el barro 46

Los santos de cada día 48



Vox prophetica 50

Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: **revistacatolica.org**

Escriben los lectores

«Una buena Madre… ¡y una manzana!»

Un maravilloso cuento para niños, de donde éstos pueden aprender cómo adorar a Jesús y venerar a María y a José. Buena combinación de la palabra de Dios con otra historia.

Natalina Vaz
Vía catholicmagazine.news

Me emocioné mucho y me alegré con esta hermosa historia de la Sagrada Familia y Lucas y su familia.

Martinho Lino da Silva
Vía revista.arautos.org

Qué hermoso relato, donde sobresale la fe, la caridad y el amor de intercesión. Gracias, mi dulce y amado Jesús, por habernos dejado a María como Madre nuestra, que es nuestra intercesora y mediadora, y por Ella llegar a ti.

María Elena Lechuga Siordia
Vía revistacatolica.org

¿El Reino de Dios es de los que son como niños?

Cuando Jesús dijo que el Reino de Dios es de los que son como niños —como figura en el *Editorial* de la edición núm. 215 de la revista—, se estaba refiriendo a la humildad de los niños de la época. Hoy en día, el ego y el orgullo son cualidades que se observan cada vez más en niños, principalmente niños en edad escolar, en los cuales la competitividad y las rivalidades cobran más fuerza que la amistad y la cooperación, como preparación para el mundo del trabajo, donde la competición es vista como esencial para la productividad y las personas ya no son lo más importante, pues lo más importante es producir y ganar mucho dinero.

Actualmente, los niños aprenden cada vez más rápido los valores distorsionados de la humanidad. Sin embargo, la gente continúa teniendo elección. Puede elegir servir al dinero, al éxito y a las riquezas —tal y como se encara hoy día— o puede servir a su prójimo y, por tanto, a Dios.

Sol Line
Vía revista.arautos.org

«¡Alto el fuego!»

¡Alto el fuego! Excelente artículo que, con claridad y precisión, introduce al lector a visualizar, conocer y meditar sobre una sociedad y unos acontecimientos, «productos de la Revolución», que en determinado momento de la Historia llevaron a Europa a la guerra y a la desolación. Pero, como enseñó el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, para vencer a la Revolución se impone la Contra-Revolución, la cristiana, la «llama de la verdad». Si se apuesta y se lucha por ella día a día, al final, se podrá decir: «¡Alto el fuego», y todos juntos cantar: *Adeste fideles*.

Laura Vitón
Vía revistacatolica.org

Una oración que sintetiza lo que debemos anhelar

Bellísima la oración del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, reproducida en la edición de diciembre; sintetiza todo lo que debemos anhelar para que podamos llegar preparados a la presencia del Señor.

Lennet Pavon
Vía revistacatolica.org

Guerra de Canudos: la verdad sale a la luz

Tengo en mis manos la revista *Heraldos del Evangelio* núm. 232, donde leo, en la pág. 34, el artículo de Eduardo José Ribeiro Matos titulado *De las calumnias a la destrucción*. En realidad, hay calumnias históricas contra Canudos y su pueblo. Pero la verdad siempre sale a la luz.

Emanuel Lima
Taguatinga – Brasil

Testimonio que sirva de ejemplo para la salvación

¡Magnífico el *Comentario al Evangelio* de la revista de enero! Que María Santísima nos envuelva en su manto y convierta sinceramente nuestros corazones, para que un día podamos ver la verdadera Luz. Y que nuestro testimonio sirva de ejemplo para la conversión y la salvación de muchos.

Verónica Dias Gonçalves
Vía revista.arautos.org

El Espíritu Santo presente en los acontecimientos

Gracias por el contenido del artículo *Presencia regia y victoriosa del divino Infante*, de la revista núm. 233. Aún no lo he podido leer entero, pero, por lo que leí hasta ahora, me parece que el Espíritu Santo estaba y está presente en todos los acontecimientos. A los ojos de los hombres algo incomprensible y duro. Pero Dios siempre puede hacer surgir agua de una roca, ¡y por medio de su Esposa, la Santísima Virgen María!

Ester Noeli Olmos
Vía revistacatolica.org

Un alma santa

¡Qué maravilla las obras de Dios! ¡Qué historia tan bonita la de la Beata María Victoria de Fornari Strata, titulada *Todo pasa y todo es nada, excepto Dios*! Una santa realmente.

María Mendes
Vía revistacatolica.org

Pedro, ¿quién eres?

En cierta ocasión, estando en Cesarea de Filipo, Jesús interrogó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?» (Mt 16, 13). Algunos despistados pensaban que Él era Juan el Bautista; otros, Elías, Jeremías o uno de los profetas. Simón Pedro, no obstante, sin titubear y en nombre de todos lo definió así: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16). Pero tal convencimiento no procedía de la carne ni de la sangre, sino del «Padre que está en los Cielos» (Mt 16, 17).

Es esclarecedor que inmediatamente después de la decidida respuesta de Simón, Jesús trazara la misión petrina —«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 18), como revelándole que sin el auxilio de lo alto quedaría truncada.

Pedro fue pescador en Galilea, príncipe de los Apóstoles, triste émulo de Judas en la Pasión, heraldo de la Resurrección, inigualable predicador después de Pentecostés y perfecto seguidor del Crucificado en el martirio… Sin embargo, nada de esto lo define. Pedro es ante todo Papa, la «roca» sobre la que se erige la Iglesia.

De manera similar, muchos intentaron enmarcar la personalidad de Benedicto XVI. Bajo la sombra de las calumnias, los medios de comunicación a menudo lo pintaban con rasgos intransigentes y rígidos; con todo, su mirada serena y su sonrisa sencilla enseguida desvelaron su auténtico rostro. Era, en realidad, un notable armonizador.

La lista de sus títulos sería inconmensurable. Para unos fue el «Tomás de Aquino de los tiempos modernos»; para otros, el «Mozart de la teología», e incluso para otros, el «Papa de Fátima». En suma, se trata de una de las figuras más destacas de la Iglesia en este gran panorama de los últimos tiempos.

Se dice que en los días de Juan Pablo II los fieles se sentían atraídos a *ver* al Papa. En el pontificado de Benedicto XVI, acudían a *oír* al Papa. En efecto, los Heraldos del Evangelio pudieron escuchar en varias ocasiones la voz de este pastor teólogo, sobre todo en la aprobación pontificia definitiva de la asociación, así como de las sociedades de vida apostólica nacidas de ella.

El pontífice alemán comentó que en Brasil se decide una porción fundamental del futuro de la Iglesia y afirmó, en su libro-entrevista *Luz del mundo*, que los Heraldos formarían parte de un «gran renacimiento católico». Mons. João Scognamiglio Clá Dias, a su vez, le confió a Su Santidad, en carta del 26 de noviembre de 2018, que sentía que sus misiones y vocaciones estaban íntimamente unidas.

Recordados estos hechos, el pontífice recién fallecido hasta podría ser llamado «heraldo de los Heraldos»… No obstante, como en el caso de Pedro, Benedicto es ante todo Papa y, como tal, recibió el mismo encargo de amar a Cristo incondicionalmente y apacentar las ovejas que le habían sido confiadas (cf. Jn 21, 15-17). De este encargo deriva todo, incluso lo que atañe a la misión de cada sucesor de Pedro.

Entonces, ¿quién fue Benedicto XVI y cuál habría sido su misión?

Es imposible saberlo con exactitud, porque primero hay que preguntarse si ya cumplió su misión. Sobre quién fue, trataremos de ofrecer algunas pistas en las páginas siguientes. En cuanto a su misión, se puede responder, como Pedro inspirado desde lo alto, que Benedicto XVI ciertamente no la llevó a cabo en su totalidad. Esto se debe a que las almas escogidas continúan cumpliendo su misión en la eternidad y en su legado dejado en la tierra. ¿Cómo sucederá esto? Sólo el tiempo lo dirá… ✧

Benedicto XVI durante un encuentro en el Vaticano, el 30/5/2009

Foto: Stefano Siaziani (Agefotostock.com)

Encargo divino en manos humanas

En el ministerio de Pedro se revela, por una parte, la debilidad de lo que es propio del hombre, pero al mismo tiempo también la fuerza de Dios: precisamente en la debilidad de los hombres el Señor manifiesta su fuerza.

«Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 18). ¿Qué es lo que le dice propiamente el Señor a Pedro con estas palabras? ¿Qué promesa le hace con ellas y qué tarea le encomienda? Y ¿qué nos dice a nosotros, al Obispo de Roma, que ocupa la cátedra de Pedro, y a la Iglesia de hoy?

Si queremos comprender el significado de las palabras de Jesús, debemos recordar que los Evangelios nos relatan tres situaciones diversas en las que el Señor, cada vez de un modo particular, encomienda a Pedro la tarea que deberá realizar. […]

Cruz y gloria: realidades inseparables

[En el evangelio de San Mateo], la promesa tiene lugar junto a las fuentes del Jordán, en la frontera de Judea, en el confín con el mundo pagano. El momento de la promesa marca un viraje decisivo en el camino de Jesús: ahora el Señor se encamina hacia Jerusalén y, por primera vez, dice a los discípulos que este camino hacia la Ciudad Santa es el camino que lleva a la cruz: «Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día» (Mt 16, 21).

> *Cristo permanece en su barca, en la navecilla de la Iglesia; también hoy Él manda a las aguas y actúa como Señor de los elementos*

Ambas cosas van juntas y determinan el lugar interior del primado, más aún, de la Iglesia en general: el Señor está continuamente en camino hacia la cruz, hacia la humillación del Siervo de Dios que sufre y muere, pero al mismo tiempo siempre está también en camino hacia la amplitud del mundo, en la que Él nos precede como Resucitado, para que en el mundo resplandezca la luz de su palabra y la presencia de su amor; está en camino para que mediante Él, Cristo crucificado y resucitado, llegue al mundo Dios mismo. En este sentido, Pedro, en su primera Carta, asumiendo esos dos aspectos, se define «testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse» (5, 1).

Cristo sale victorioso en la Iglesia que sufre

Para la Iglesia el Viernes Santo y la Pascua están siempre unidos; la Iglesia es siempre el grano de mostaza y el árbol en cuyas ramas anidan las aves del cielo. La Iglesia, y en ella Cristo, sufre también hoy. En ella Cristo sigue siendo escarnecido y golpeado siempre de nuevo; siempre de nuevo se sigue intentando arrojarlo fuera del mundo. Siempre de nuevo la pequeña barca de la Iglesia es sacudida por el viento de las ideologías, que con sus aguas penetran en ella y parecen condenarla a hundirse.

Sin embargo, precisamente en la Iglesia que sufre Cristo sale victorioso. A pesar de todo, la fe en Él se fortalece siempre de nuevo. También hoy el Señor manda a las aguas y actúa como Señor de los elementos. Permanece en su barca, en la navecilla de la Iglesia. De igual modo, también en el ministerio de Pedro se manifiesta, por una parte, la debilidad propia del hombre, pero a la vez también la fuerza de Dios: el Señor manifiesta su fuerza precisamente en la debilidad de los hombres, demostrando que Él

Rh-67 (CC by-sa 3.0)

Entrega de las llaves a Pedro - Iglesia de los Santos Pedro y Pablo, Scherwiller (Francia)

es quien construye su Iglesia mediante hombres débiles.

La oración de Jesús es la protección de la Iglesia

Veamos ahora el Evangelio según San Lucas, que nos narra cómo el Señor, durante la Última Cena, encomienda nuevamente una tarea especial a Pedro (cf. Lc 22, 31-33). Esta vez las palabras que Jesús dirige a Simón se encuentran inmediatamente después de la institución de la santísima Eucaristía. […] Dice que Satanás ha pedido cribar a los discípulos como trigo. Esto alude al pasaje del libro de Job, en el que Satanás le pide a Dios permiso para golpear a Job. […]

Lo mismo sucede con los discípulos de Jesús, en todos los tiempos. Dios le da a Satanás cierta libertad. A nosotros muchas veces nos parece que Dios deja demasiada libertad a Satanás; que le concede la facultad de golpearnos de un modo demasiado terrible; y que esto supera nuestras fuerzas y nos oprime demasiado.

Siempre de nuevo gritaremos a Dios: ¡Mira la miseria de tus discípulos! ¡Protégenos! Por eso Jesús añade: «Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca» (Lc 22, 32). La oración de Jesús es el límite puesto al poder del maligno. La oración de Jesús es la protección de la Iglesia.

> *Su promesa es verdadera: los poderes de la muerte, las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia que Él ha edificado sobre Pedro*

«Pedro, ¡yo recé por ti!»

Podemos recurrir a esta protección, acogernos a ella y estar seguros de ella. Pero, como dice el Evangelio, Jesús ora de un modo particular por Pedro: «para que tu fe no desfallezca». Esta oración de Jesús es a la vez promesa y tarea. La oración de Jesús salvaguarda la fe de Pedro, la fe que confesó en Cesarea de Filipo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16).

La tarea de Pedro consiste precisamente en no dejar que esa fe enmudezca nunca, en fortalecerla siempre de nuevo, ante la cruz y ante todas las contradicciones del mundo, hasta que el Señor vuelva. Por eso el Señor no ruega sólo por la fe personal de Pedro, sino también por su fe como servicio a los demás. Y esto es exactamente lo que quiere decir con las palabras: «Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32).

«Tú, una vez convertido»: estas palabras constituyen a la vez una profecía y una promesa. Profetizan la debilidad de Simón que, ante una sierva y un siervo, negará conocer a Jesús. […]

«Tú, una vez convertido». El Señor le predice su caída, pero le promete también la conversión: «El Señor se volvió y miró a Pedro…» (Lc 22, 61). La mirada de Jesús obra la transformación y es la salvación de Pedro. Él, «saliendo, rompió a llorar amargamente» (Lc 22, 62). […]

La verdad es más fuerte que la muerte

La tercera referencia al primado se encuentra en el Evangelio de San Juan (Jn 21, 15-19). El Señor ha resucitado y, como Resucitado, encomienda a Pedro su rebaño. También aquí se compenetran mutuamente la cruz y la resurrección. Jesús predice a Pedro que su camino se dirigirá hacia la cruz. En esta basílica, erigida sobre la tumba de Pedro, una tumba de pobres, vemos que el Señor precisamente así, a través de la cruz, vence siempre.

No ejerce su poder como suele hacerse en este mundo. Es el poder del bien, de la verdad y del amor, que es más fuerte que la muerte. Sí, como vemos, su promesa es verdadera: los poderes de la muerte, las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia que Él ha edificado sobre Pedro (cf. Mt 16, 18). ✧

Fragmentos de: BENEDICTO XVI. *Homilía*, 29/6/2006.

«¡Reconciliaos con Dios!»

La liturgia de hoy nos presenta un decisivo choque entre los embajadores de Cristo y los del demonio, que tiene como campo de batalla la sociedad actual y cada alma en particular. ¿De qué lado estaremos en esta Cuaresma que comienza?

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Como otrora en Israel, también hoy Dios llama a los hombres a la conversión por medio de sus auténticos emisarios, los profetas

I – Conversión: La invitación de los embajadores de Dios

La liturgia del Miércoles de Ceniza abre el tiempo penitencial de la Cuaresma, que la Santa Iglesia reserva a sus fieles para que cambien de vida. Aquel propósito de conversión que tantas veces hemos hecho al comenzar el año y no cumplimos, puede ser retomado ahora, con las gracias propias a este período.

Sabia como es, la Esposa Mística de Cristo anhela que nuestras almas estén limpias de los apegos que acumulamos a lo largo de los meses, de cara a la solemnidad más importante del año: el Triduo Pascual, en el que conmemoramos los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. A petición suya, el Espíritu Santo se muestra especialmente solícito en distribuir gracias de enmienda entre los católicos que viven esos días con compenetración.

«Acuérdate de que eres polvo»

En esta celebración, la Iglesia prescribe la imposición de la ceniza, completándola de manera muy simbólica con el ayuno que establece la liturgia. El acto recuerda que de nada le valen al hombre todos los bienes de la tierra si, por el proceso normal de la naturaleza, ha de morir y regresar al polvo del cual salió, como así lo subraya una de las fórmulas usadas en la ceremonia: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*; esto es, «Acuérdate, hombre, que polvo eres y en polvo te convertirás».

Las lecturas de este día reúnen algunas de las voces más autorizadas para hablar en nombre de Dios, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, exhortándonos a volver al Señor, a quien, lamentablemente, abandonamos con demasiada frecuencia para abrazar el pecado…

«¡Convertíos a mí!»: el grito de los verdaderos profetas

En el Antiguo Testamento observamos a menudo cómo, después de inmensas calamidades causadas por los pecados del pueblo elegido, Dios lo llama a la conversión por medio de sus auténticos emisarios, los profetas.

Así sucedió en tiempos de Joel, cuatrocientos años antes de la venida del divino Redentor, cuyo oráculo recoge la primera lectura (cf. Jl 2, 12-18). El profeta previó tremendos castigos para Israel, clamando: «Tocad la trompeta en Sion, gritad en mi monte santo, se estremecen todos los habitantes del país, pues llega el Día del Señor. Sí, se acerca, día de oscuridad y negrura, día de niebla y oscuridad» (Jl 2, 1-2).

La amenaza de un castigo inminente siempre ha sido un recurso usado por Dios en el lenguaje profético para exhortar al cambio de rumbo. En las Escrituras se puede constatar cuántas veces

Evangelio

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: [1] «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tenéis recompensa de vuestro Padre celestial.

[2] Por tanto, cuando hagas limosna, no mandes tocar la trompeta ante ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles para ser honrados por la gente; en verdad os digo que ya han recibido su recompensa. [3] Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; [4] así tu limosna quedará en secreto y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

[5] Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vean los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa. [6] Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará.

[16] Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas que desfiguran sus rostros para hacer ver a los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya han recibido su paga. [17] Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, [18] para que tu ayuno lo note, no los hombres, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará» (Mt 6, 1-6.16-18).

Carlo Yuen (CC by 3.0)

se cumplió la advertencia porque, ignorando la voz del embajador divino, los judíos omitieron las obras de conversión. Sin embargo, para detener la punición bastaba adoptar la vía de la penitencia propuesta: «Convertíos a mí de todo corazón, con ayunos, llantos y lamentos» (Jl 2, 12). Cuando hay una clara conciencia del pecado, arrepentimiento y petición de perdón, el Señor, que es la Misericordia, está dispuesto a volver atrás en sus amenazas y olvidar las faltas cometidas. E incluso lo hace en atención a su propia gloria, pues su herencia —que en el Nuevo Testamento es la Santa Iglesia— podría sufrir infamia cuando los impíos dijeran: «¿Dónde está su Dios?» (Jl 2, 17).

Luego en la penitencia vemos que se encuentra la solución para muchos de los problemas que asolan nuestras vidas. Incluso porque Dios no solamente perdona a quienes se convierten, sino que también les concede nuevos dones que lleven a cabo una verdadera restauración en sus almas. Cuando los pasos divinos se apresuren y oigamos el rumor del castigo que se avecina, entonces pidámosle perdón al Señor con un corazón abierto a la corrección.

La liturgia nos presenta también el ejemplo de una de las más admirables conversiones del Antiguo Testamento: la de David, quien hizo caso a la reprensión de otro embajador de Dios, el profeta Natán, y se enmendó. El salmo 50, conocido como Miserere y compuesto por él para pedirle perdón a Dios por los pecados de adulterio y homicidio que había cometido, refleja la perfecta postura del alma contrita: «Crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme» (50, 12). ¡Qué hermosa es la historia de una persona que escuchó la voz de los profetas y enderezó su vida! Su nombre, lejos de convertirse en un signo de ignominia, se transforma en un título de gloria: Rey David, ¡antepasado del Mesías!

Embajador de Cristo entre los hombres

Al igual que en la Antigua Alianza, en el Nuevo Testamento el apóstol San Pablo se presenta como embajador de Dios, esta vez hecho hombre: Nuestro Señor Jesucristo. A la luz del misterio de la Redención, esta misión adquiere otros fulgores, como nos muestra la segunda lectura: «Nosotros actuamos como embajadores de Cristo, y

¡Cuántos castigos se abatieron sobre el pueblo elegido por no seguir el camino indicado por el embajador divino!

es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios» (2 Cor 5, 20).

La reconciliación es para los que están fuera de la amistad con Dios, es decir, los que han cometido alguna falta grave. A excepción de Jesús, de la Virgen y, sin duda, de San José, ¿quién no tiene alguna razón para darse golpes de pecho? Decir lo contrario sería presunción, pues aunque nuestra conciencia nos acusara únicamente de faltas leves, hemos de considerar que un solo pecado venial —al tratarse de una ofensa a un ser infinito— no puede ser reparado ni siquiera por los méritos de María Santísima, sumados a los de todos los bienaventurados y ángeles del Cielo. Así pues, para que recibamos adecuadamente esa reconciliación, el Padre entregó a su Hijo a la muerte de cruz por nosotros: «Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en Él» (2 Cor 5, 21).

Todo pecado tiene como raíz el orgullo, razón por la cual los seguidores del demonio se valen de ese vicio para llevar a las almas al infierno

Finalmente, el Evangelio nos advierte por boca del Embajador divino por excelencia contra los emisarios del demonio, cuya hipocresía, aunque se revista de apariencia religiosa, pretende apartarnos de la salvación.

II – El orgullo, arma de los embajadores del demonio

Los versículos del Evangelio de esta conmemoración, ya ampliamente comentados en otra ocasión,[1] sacan a colación la trilogía formada por la limosna, la oración y el ayuno, como obras piadosas que nos hacen agradables a Dios. En este sentido, la actual penitencia obligatoria en la Cuaresma se reduce a algo casi simbólico: dos días de ayuno —el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo—, además de la abstinencia de carne los viernes. No obstante, existe un ayuno del cual habla el Señor más especialmente, una penitencia que nunca será abolida ni mitigada, sino, por el contrario, siempre más recomendada, y que podemos practicar con gran beneficio para nuestras almas. Concierne más a los delirios propios del espíritu que a los de la carne.

Orgullo: el fariseísmo de todas las épocas

No hay pecado que no tenga como raíz el orgullo. Y para combatirlo es necesario ponerse en la contemplación de Dios: cuanto más se ama al Señor, más se reciben luces para participar de su felicidad. Esta realidad, tan simple de enunciar, constituye la gran dificultad del hombre en esta tierra. Por eso, los que quieren servir al demonio en su obra de perdición y, por tanto, se erigen en embajadores suyos, se valen de este terrible vicio para conducir a los demás por las sendas que llevan al infierno.

La oración del fariseo - Museo Lázaro Galdiano, Madrid

Tal locura es estigmatizada por el divino Maestro en el capítulo sexto del Evangelio de San Mateo, al describir una serie de costumbres practicadas por los que Él llama «hipócritas», refiriéndose, sin duda, a los judíos que se dejaban guiar por la práctica religiosa hecha toda ella de exterioridades de la secta farisaica.

Que no pida el premio quien ya lo ha recibido

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: [1] «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tenéis recompensa de vuestro Padre celestial».

En este primer versículo, el Señor censura a los que practican la justicia para ser vistos por los otros. Sin embargo, en el capítulo anterior, que también se incluye en el Sermón de la montaña, legitima la actuación de aquellos cuyas buenas obras son contempladas por los demás: «No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa»

(Mt 5, 14-15). A primera vista pareciera que hay una contradicción en el discurso del Salvador. Pero en realidad nos enseña que no se debe hacer el bien *únicamente* con esta finalidad, sino sobre todo para alabar a Dios. Su advertencia, por tanto, no obliga a esconder las obras buenas en un baúl; tan sólo previene contra el error de los fariseos, que se habían plegado a sí mismos hasta el punto de olvidarse del Señor.

Como la palabra del divino Maestro es eterna y se aplica a todos los hombres, también nosotros debemos tener cuidado de no practicar la justicia con el objetivo de constituirnos en el centro de atención de los otros. El que procede así pierde el mérito y tiene su paga —es decir, la satisfacción consigo mismo— ya en esta tierra. En consecuencia, no podrá comparecer a su juicio particular con la esperanza de recibir, como San Pablo, «la corona de la justicia» (2 Tim 4, 8).

El peligro del «afecto retributivo»

[2] «Por tanto, cuando hagas limosna, no mandes tocar la trompeta ante ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles para ser honrados por la gente; en verdad os digo que ya han recibido su recompensa. [3] Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; [4] así tu limosna quedará en secreto y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará».

Para los judíos, como para tantos hombres contemporáneos, el dar una limosna comportaba un enorme sacrificio… ¡Les costaba sacarla de sus propios bienes para favorecer al prójimo! Trataban de compensar esa «gran renuncia» con el premio del reconocimiento. Sonaban trompetas y todos se detenían a aclamar al benefactor, que se henchía de orgullo. Una vez más el Señor afirma que quien así procede ya ha sido pagado, pues ha recibido como recompensa el incienso de los demás, el cual —es triste constatarlo— se desvanece con el primer viento que pasa.

Hay que considerar otro matiz. Existe una tendencia en la naturaleza humana, especialmente en regiones donde la comunicatividad y la bienquerencia en el trato son más intensas, que podríamos definir como un deseo de «afecto retributivo». Al igual que quien trabaja para recibir su salario a final de mes, a menudo somos generosos con los demás esperando una reciprocidad, que si se nos niega, nos produce un fuerte resentimiento. En el fondo, la misma recriminación que el Señor les hace a los fariseos recae sobre ese desvío egoísta del instinto de sociabilidad.

¿Cómo obtener la correcta ordenación de este instinto? Perfectísimo en su humanidad, aunque con una personalidad divina, Nuestro Señor Jesucristo es quien nos responde con su ejemplo. Sin perder el afecto por sus hermanos, a lo largo de todo el Evangelio nos da muestras de una relación intensísima con el Padre que, luego, desborda en un desinteresado deseo de hacer el bien al prójimo.

El vacío de la oración hecha para sí mismo

[5] «Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vean los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa. [6] Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará».

Los defectos farisaicos de aquel tiempo, que incluían un ridículo exhibicionismo religioso, exigían que el Señor exhortara a rezar en la intimidad del aposento y no en presencia de los demás. ¿Significaría esto que los católicos no pueden rezar en un lugar público? Obviamente que no. Lo que este pasaje nos enseña es que han de evitarse ciertas actitudes, ya sean fisonómicas, ya corporales, que lleven a otros a creer que tenemos una piedad inusual o que estamos siendo contemplados con un éxtasis o una revelación…

Al mismo tiempo, al criticar la oración ostentosa característica de la raza de víboras farisaica, el Salvador nos advierte contra un defecto al que está sujeta toda la humanidad. En la vida corriente, no le conviene al buen católico adoptar ninguna actitud que suponga sustituir a Dios y al mundo sobrenatural por su propia persona. Y aquí volvemos al punto ya enunciado: necesitamos relacionarnos en función de Dios, ¡y Dios es un ser simple![2] El católico debe ser discreto y no actuar como un niño que agita continuamente el sonajero para que los otros le presten atención…

La vanidad anula el valor de cualquier sacrificio

[16] «Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas que desfiguran sus ros-

No le conviene al católico adoptar ninguna actitud que suponga sustituir a Dios y al mundo sobrenatural por su propia persona

tros para hacer ver a los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya han recibido su paga. [17] Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, [18] para que tu ayuno lo note, no los hombres, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará».

En una ocasión en que el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira conversaba con el autor de estas líneas sobre ciertas jaquecas que veía que éste solía padecer, le aconsejó que, cuando le pasara eso, no dejara nunca que se le notaran las molestias en su fisonomía o actitudes exteriores. E ilustraba tal recomendación con una pintoresca, pero elocuente expresión: «Cuando una persona sale de casa, no lo hace en pijama». De hecho, causaría extrañeza que alguien se levantara por la mañana y se presentara en público con la ropa de dormir. Semejante comportamiento equivaldría, en el ámbito físico, al deseo de llamar la atención de los demás sobre situaciones interiores que deben ser conservadas en la intimidad del alma con Dios.

Al subestimar el valor de los sacramentos, los emisarios del demonio ofrecen soluciones humanas, cuyo fin último se encuentra en esta tierra

Ésa era la pésima costumbre de los fariseos. Cuando ayunaban, se ponían ceniza en la cabeza, se desgreñaban la barba, andaban desaliñados y con una fisonomía dramática, para que los otros supieran que estaban haciendo un sacrificio fuera de lo común.

La actitud que exige el apostolado contemporáneo no es ésa. En una sociedad que desprecia el sacrificio, sobre todo cuando se hace por amor al Señor, quienes renuncian a las solicitaciones del mundo deben mostrar la alegría de servir a Dios, para poner en evidencia la vacuidad de los bienes terrenales. Y como la gente hoy se viste de forma cada vez más vulgar —cuando todavía se visten— y no suelen apreciar el valor de la higiene, conviene unir la limpieza a la práctica de la virtud, y manifestar la felicidad de los hijos de la verdadera Iglesia en la fisonomía y en la presentación exterior.

Las buenas obras deben ser vistas, para que sea alabado quien las ha inspirado

Así como el Señor quiso manifestarse a lo largo de tres años de vida pública para cumplir en plenitud su misión, la Iglesia, que es una sociedad visible, necesita resplandecer a los ojos de todos. Contemplar su esplendor se convierte en una ocasión para que los hombres reciban gracias, prolongando la acción del propio Cristo sobre la humanidad. Pero ese «ver» debe siempre tenerlo a Él como centro y punto final.

Por lo que a nosotros respecta, cuando tengamos que ser un punto de referencia para los demás, hemos de aceptarlo sólo como un medio para que las personas se eleven hasta Dios. Las imágenes presentadas en el Evangelio de hoy nos muestran cómo el orgullo lleva al hombre a situaciones ridículas y nos invitan a la sencillez de corazón y a no llamar nunca la atención sobre nosotros mismos. En suma, nos enseñan que quien busca su tesoro en la tierra pierde el del Cielo, y quien niega los premios del mundo gana los del Cielo.

III – El choque entre dos profetismos

En el Evangelio de este inicio de la Cuaresma, el divino Maestro confronta la piedad y la penitencia falsas con las auténticas. Los hipócritas ostentan limosnas, oraciones y ayunos para agradar a los hombres, y reciben la recompensa que el mundo les ofrece. Jesús, sin embargo, nos enseña que debemos anhelar únicamente la retribución que procede de Dios, la cual nos es prometida por sus legítimos embajadores.

Como en los días de Joel, de San Pablo o de Nuestro Señor, también hoy el mundo está asolado por terribles catástrofes. Cuando no se trata de la amenaza de inimaginables cataclismos naturales en sus más diversas formas, es el peligro de una guerra mundial a punto de convertirse en nuclear lo que despunta en el horizonte. En medio de esta inseguridad, Dios nos ofrece en esta Cuaresma, una vez más, un tiempo propicio para la conversión.

Las falsas promesas de los embajadores del demonio

En el 2023, este período penitencial se reviste de un carácter especial. Como en las épocas consideradas en las lecturas de esta liturgia, se nos da a elegir entre los embajadores de Cristo, que nos presentan el camino de la salvación, y los nuevos embajadores del demonio que, como los fariseos del tiempo de Jesús, nos ofrecen soluciones basadas en el orgullo y en recursos humanos, cuyo fin último reside en esta tierra.

Se multiplican los descubrimientos científicos que pretenden hacer más placentera la vida humana y prolongarla indefinidamente, como si la felicidad plena se encontrara en este mundo y no en el Cielo. Proliferan los avances tecnológicos cada vez más

Reproducción

San Pablo confronta al falso profeta Barjesús - Museo Carnavalet, París

osados e invasivos, cuya aceptación siempre exige alguna «entrega desinteresada», dado los efectos deletéreos para la salud de los omnipresentes dispositivos cibernéticos. Se impone una nueva religión con moral propia, cuyos «actos de piedad» tienen como único objetivo impresionar a la opinión dominante, en general contraria a la ley de Dios.

Se ha vuelto hermoso, por ejemplo, pedir perdón por los «pecados» cometidos contra el medio ambiente, llegando a veces a extremos que hieren el sentido común, o hacer penitencia por actos calificados de «inadecuados» por la nueva moral, incluso si esto significa romper con la fidelidad a la enseñanza tradicional de la Santa Iglesia en materia de fe y de costumbres, mientras esta misma fidelidad pasa a ser considerada rigidez y falta de caridad por no pactar con el relativismo reinante.

Los embajadores del demonio, al tiempo que subestiman el valor de los sacramentos y, por tanto, de la gracia divina, sobrevaloran la ciencia, que asegura acabar con ciertos males, sin hacerlo nunca del todo. A semejanza de su caudillo, jamás dan lo que prometen, sino que quitan lo que afirman garantizar. En cada época, en fin, el demonio crea un bienestar seudoeterno para el hombre, que le hace olvidarse de Dios.

¿Qué ofrecen los embajadores de Cristo?

En sentido diametralmente opuesto, los embajadores de Nuestro Señor Jesucristo, cuyas voces resuenan en esta liturgia que abre la Cuaresma, instan a una verdadera conversión del corazón, fruto de un arrepentimiento sincero y una confiada petición de perdón, que se manifiesta en actos de piedad y penitencia auténticos. Estos embajadores, como subraya San Pablo en la segunda lectura, le dan pleno valor a la gracia de Dios, exhortándonos a que no sea recibida en vano (cf. 2 Cor 6, 1).

Cabe preguntarse entonces: ¿qué nos impide seguir el consejo del Apóstol y reconciliarnos con Dios (cf. 2 Cor 5, 20)? Diversos factores, entre ellos: no reconocer nuestras propias culpas; no considerar en los acontecimientos que nos rodean la mano de la Providencia llamándonos a sí; no ver en Dios al Padre bondadoso, compasivo, paciente y lleno de misericordia que consintió sacrificar a su Unigénito para redimirnos (cf. 2 Cor 5, 21); no buscar la salvación en la gracia divina, concedida por medio de los sacramentos. En suma, nos detiene el hecho de dar más oídos a los embajadores de los demonios que a los del Señor.

Ante la alternativa que se nos presenta al comienzo de este período penitencial, hagamos caso a la voz de Cristo que nos llega por medio de sus embajadores. Y si nuestra conciencia nos acusa de alguna falta, hagamos una buena confesión, que nos reconcilie verdaderamente con Dios y sea el punto de inflexión para retomar el buen camino, en el cual perseveremos de ahora en adelante con ayuda de la gracia. ✧

Apoyados en la gracia, los embajadores de Cristo exhortan a la verdadera conversión del corazón, fruto de una confiada petición de perdón

---

[1] Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «Dios siempre debe ocupar el centro». In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año VIII. N.º 79 (feb, 2010); pp. 10-17. Habiendo comentado en este artículo detalladamente los datos exegéticos acerca de las costumbres estigmatizadas por el Señor en el Evangelio del Miércoles de Ceniza, en las presentes líneas se pondrá más cuidado en las aplicaciones morales útiles para nuestros días.

[2] CCE 202.

El primero y el último Papa

Hay quienes afirman que fue el último pontífice de una época pasada. Muchos lo consideran el tutor de la Tradición en un período de rupturas. Pocos osan negar que su vida marcó la transición de una era antigua a una nueva, en el mundo y en la Iglesia. A fin de cuentas, ¿quién fue Benedicto XVI?

Reproducción

Humberto Luis Goedert

Aquella tarde en Roma, la colina del Vaticano presenciaba una inaudita ejecución: a lo lejos se vislumbraba a un galileo crucificado cabeza abajo. A causa del atroz método utilizado se podría deducir que se trataba de un cruel criminal. En realidad, se estaba ante el único mortal capaz de unir la tierra al Cielo (cf. Mt 18, 18). Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, entregaba, finalmente, su alma al amor de su vida.

Sin la presencia de la cabeza visible de la Iglesia, el vicario de Cristo, el orbe se encontraba literalmente al revés… De hecho, la Iglesia naciente recibía su primera gran sacudida: ¡la sede estaba vacante! Pero no habría de temer nada, pues el divino Maestro había edificado su Iglesia sobre roca sólida. De ella emanaría una cohorte de sucesores del primer Papa que, uno tras otro, transmitiría el poder de las llaves hasta la actualidad.

El día postrero de 2022 fue testigo de la muerte más reciente de un pontífice. Benedicto XVI no siguió en el martirio a su más antiguo predecesor, pero quiso que resonara la respuesta de Pedro cuando éste fue interrogado por Jesús sobre la magnitud de su amor (cf. Jn 21, 15-19). En efecto, las últimas palabras del Papa emérito fueron: «¡Señor, te amo!».

¿Habrá más vínculos entre el primero y el último Papa en morir?

Francisco Lecaros

De la roca sólida sobre la que Cristo edificó su Iglesia emanaría una cohorte de sucesores del primer Papa, que transmitirían el poder de las llaves hasta la actualidad

«Martirio de San Pedro», de Pedro Sierra - Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona (España). Arriba, fachada de la Basílica de San Pedro durante la misa de funeral por Benedicto XVI

«Sígueme y te haré pescador de hombres»

Joseph Aloisius Ratzinger vio la luz en medio del período de entreguerras. Su natalicio coincidió con el Sábado de Aleluya, víspera de la Pascua, lo que fue interpretado por su familia como algo providencial, como de hecho lo fue. Benedicto XVI estaría llamado a ser el pregonero de la victoria de Cristo sobre la muerte, como Pedro después de visitar el sepulcro vacío.

En 1939, con 12 años, el niño Joseph fue inscrito en un seminario menor, donde estuvo tres años, hasta que los nazis lo cerraron y los estudiantes fueron enviados a sus casas. A pesar de tener una salud débil y de su oposición al régimen hitleriano, le obligaron a hacer el servicio militar. En las situaciones más adversas, sentía la presencia de un «ángel especial»[1] que lo protegía, a la manera de aquel que liberó a Pedro de la cárcel (cf. Hch 12, 7-11).

Incluso perseguido por su deseo de abrazar el sacerdocio, fue ordenado. Terminó sus estudios académicos en 1957, cuando concluyó su habilitación con una tesis sobre la teología de la His-

toria en San Buenaventura. Al año siguiente se hizo profesor en Freising y, en 1959, continuó en la Universidad de Bonn.

Más tarde desempeñó una de las más importantes funciones de su vida: fue perito del Vaticano II. Sobre este concilio, insistió posteriormente en que sería necesario redescubrir su verdadero sentido, frente a fuerzas latentes agresivas como el racionalismo, el individualismo y el hedonismo, que trataron de desvirtuarlo.[2] Ya como Papa, discernió un «concilio de los medios de comunicación», que provocó «tantas calamidades, tantos problemas; realmente tantas miserias: seminarios cerrados, conventos cerrados, liturgia banalizada…».[3]

Como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, entre 1981 y 2005, diagnosticó que la «herejía aún existe» y que era necesario —como indicó su primitivo predecesor— preservar al pueblo de los «falsos profetas», que proponen herejías de perdición y doctrinas disolutas (cf. 2 Pe 2, 1-2).[4] Ahora bien, ¿quiénes serían esos farsantes, esos «Simón el Mago» (cf. Hch 8, 9-24) que como falsos «Simón Pedro», profanan los bienes espirituales de la Iglesia? Tal vez, como en los primeros días del cristianismo, sólo serán detectados con el tiempo…

Guiando la barca de Pedro en medio de la tempestad

Cuando los ciento quince cardenales se reunieron en cónclave el 18 de abril de 2005, raras eran las voces que se arriesgaban a apostar a que el Papa elegido sería el cardenal Ratzinger, tan sólo después de cuatro escrutinios. Por razones bien diferentes, también pocos habrían sugerido que el iletrado e indocto Pedro (cf. Hch 4, 13), pescador del mar de Galilea, hubiera sido elevado a la más alta dignidad de la Iglesia… ¡Dios escoge lo débil del mundo para confundir a los fuertes (cf. 1 Cor 1, 27)!

Ratzinger eligió el nombre de *Benito*, en referencia al papa Benedicto XV, guía de la Iglesia en los tiempos turbulentos de la Primera Guerra Mundial, y a Benito de Nursia, patriarca de la civilización occidental.[5]

Al igual que en la época de la mencionada guerra, el primer Papa elegido en el tercer milenio reinó en un período de rupturas institucionales. Cuando le preguntaron si se sentía «como el último Papa de una era antigua o como el primero de una nueva era», respondió: «Diría que estoy entre dos épocas».[6] Benedicto XVI sería, en este sentido, verdadero *pontífice*, es decir, «puente» entre dos mundos, como él mismo se retrató: «Yo no pertenezco ya al mundo antiguo, pero tampoco el nuevo existe realmente aún».[7]

Pontífice «entre dos épocas», a Benedicto XVI le cupo la tarea de llevar a cabo una verdadera contrarrevolución civilizadora

Benedicto XVI saluda a los fieles reunidos para la misa dominical en la plaza de San Pedro, en 2010

De hecho, durante su pontificado, una nueva generación nació con los dispositivos electrónicos en las manos. La Revolución amplió sus pasos, promoviendo la secularización, la disolución familiar y un modo de vivir casi tribal, como había vaticinado el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira.[8]

Ciertamente todo el caudal doctrinario del teólogo Ratzinger tendrá su papel en la búsqueda de restaurar la fe. Benedicto XVI fue el Papa que, a lo largo de toda su vida, más escribió en la historia de la Iglesia. No obstante, como cuestionaba el Dr. Plinio, «¿qué utilidad tendrían los libros, los pensadores, en fin, lo que quede de civilización, en un mundo tribal en el cual se hubieran desatados todos los huracanes de las pasiones desordenadas y todos los delirios de los "misticismos" estructuro-tribales? Trágica situación ésta, en la cual nadie sería algo, bajo el imperio de la nada…».[9]

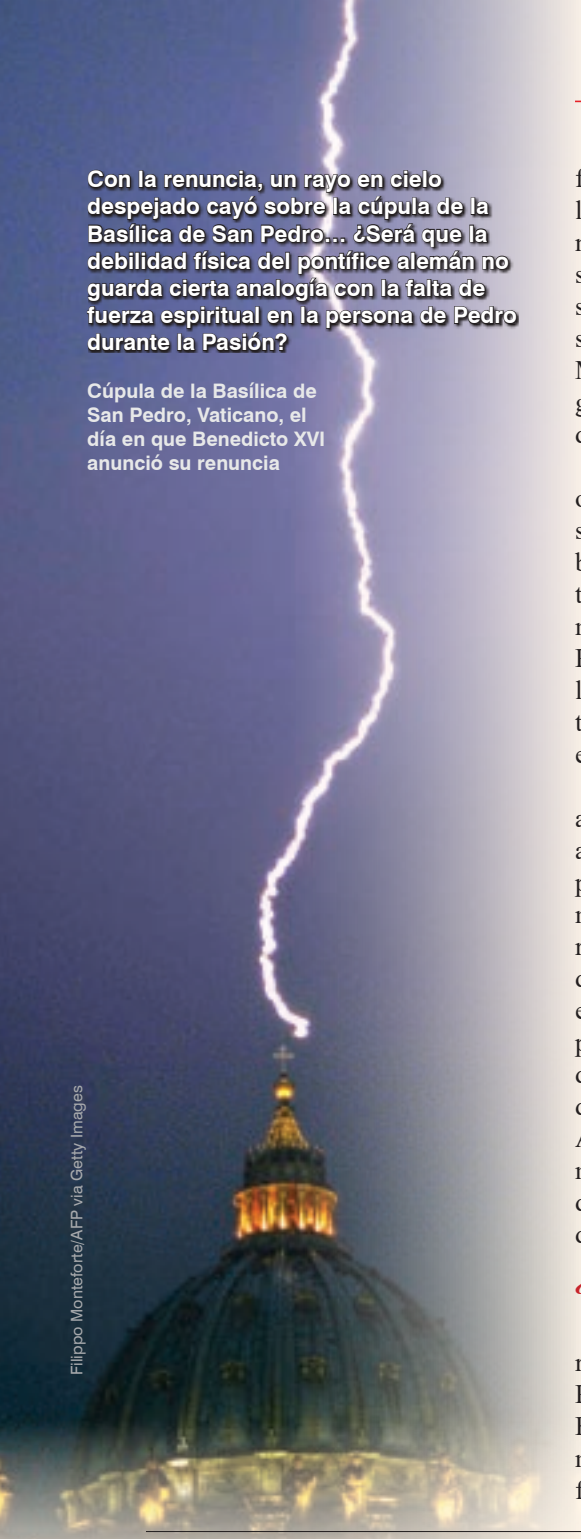
Frente a este nihilismo, la misión inspirada en San Benito ha de ser entendida mucho más en la línea de lo que recientemente se ha llamado *La opción benedictina*,[10] es decir, la búsqueda del ideal de orden y templanza, la sabiduría en lidiar con el trabajo y la oración, la promoción integral de la educación, así como la enajenación de la corrupción mundana, a la manera de la Regla benedictina. En otras palabras, una verdadera contrarrevolución civilizadora.

El hecho es que el propio Benedicto XVI no cumplió enteramente la mencionada «opción benedictina», incluso porque su pontificado fue relativamente corto. ¿Lo hará, al menos, su legado?

La negación de Pedro y la renuncia de Benedicto

El 11 de febrero de 2013 un rayo en cielo despejado cayó sobre la cúpula de la Basílica de San Pedro. Benedicto XVI sería el primer Papa de los tiempos modernos que renunciaba al *munus* petrino. ¡Hasta los Cielos se sorprendieron con tal decisión!

Es innegable que este acto determinó una nueva etapa en la vida de Benedicto XVI, a la manera de las negaciones de Pedro. No estamos dando a entender que la renuncia al *munus* petrino haya sido una traición. Nada de eso. Sin embargo, la debilidad física del pontí-



Con la renuncia, un rayo en cielo despejado cayó sobre la cúpula de la Basílica de San Pedro… ¿Será que la debilidad física del pontífice alemán no guarda cierta analogía con la falta de fuerza espiritual en la persona de Pedro durante la Pasión?

Cúpula de la Basílica de San Pedro, Vaticano, el día en que Benedicto XVI anunció su renuncia

Filippo Monteforte/AFP via Getty Images

fice alemán guarda cierta analogía con la falta de fuerza espiritual en la persona de Pedro ante las preguntas de una simple criada. No consta que el Papa se arrepintiera de esta decisión, pero es simbólico que su secretario particular, Mons. Georg Gänswein, «llorara amargamente» (cf. Lc 22, 62) el 18 de junio de 2022 al comentar ese hecho.

Pascal decía que «todas las cosas ocultan algún misterio; todas las cosas son velos que ocultan a Dios».[11] Pues bien, ¿qué decir de una renuncia pontificia?… Si son misteriosos los movimientos del alma de Pedro durante la Pasión, ¿cómo no preguntarse sobre las reflexiones de Benedicto XVI antes de su dimisión? ¿Qué papel tendrá en adelante un «papa emérito»?

Tal vez nunca sabremos responder a estas cuestiones, pero todo se vuelve aún más enigmático si tomamos las palabras de Mons. Gänswein del 20 de mayo de 2016: «Antes y después de su renuncia, Benedicto entendió y entiende su tarea como una participación en ese "ministerio petrino". Dejó el solio pontificio y, no obstante, con el paso del 11 de febrero de 2013, no ha abandonado en absoluto ese ministerio».[12] Aquí, como en los actos litúrgicos, lo más importante no son las señales evidentes, sino las que están bajo el aura del misterio…

¿El último Papa?

Es un hecho notorio que la víspera del año 2023 fue testigo del último Papa que moría. Pero ¿habría cerrado Benedicto XVI la lista de los Papas mencionados en la denominada «profecía de San Malaquías»? Ésta fue una de las preguntas que le hizo Peter Seewald el 23 de mayo de 2016, a la que el pontífice emérito respondió: «Todo puede ser».[13] Si bien, aclara que, en todo caso, no se ha de inferir de ahí que sea el final del papado.

Sea como fuere, con la muerte de Benedicto XVI, ya no tenemos más su participación en el *munus* petrino. En este sentido, ¿la vida del pontífice alemán no habría sido una especie de *kathekon* —freno— contra el «misterio de la iniquidad» (2 Tes 2, 7)? De ser así, ¿vendría entonces ahora una nueva fase, que él mismo había previsto? Más aún, ¿no estaría esto en consonancia con el mensaje de Fátima, cuya misión profética —comentó Benedicto XVI— todavía no había concluido?[14] Como afirmó Mons. Gänswein, «sólo *ex post*, pueden ser juzgados y enmarcados correctamente los Papas».[15] Algún día lo sabremos.

Después de la muerte, la resurrección

A los ojos humanos, la muerte de San Pedro, líder de la naciente Iglesia, había representado el fin del cristianismo. Pero, en realidad, ocurrió precisamente lo contrario. Al año siguiente, el perseguidor Nerón fue derrocado de su trono y murió por su propia mano cobarde. En el 70 d. C., el templo de Júpiter y los santuarios de Juno y Minerva fueron incendiados. Ese mismo año, Jerusalén fue destruida, de modo que no quedó piedra sobre piedra… Por su parte, la minúscula comunidad cristiana siguió floreciendo en pequeños núcleos, en medio de la persecución.[16]

---

[1] RATZINGER, Joseph. *Aus meinem Leben. Erinnerungen*. München: DVA, 1998, p. 41.

[2] Cf. RATZINGER, Joseph. *Rapporto sulla fede*. Roma: Paoline, 1985, p. 28.

[3] BENEDICTO XVI. *Encuentro con el clero de Roma*, 14/2/2013.

[4] Cf. RATZINGER, *Rapporto sulla fede*, op. cit., pp. 20-21.

[5] Cf. BENEDICTO XVI. *Audiencia general*, 27/4/2005.

[6] BENEDICTO XVI; SEEWALD, Peter. *Benedicto XVI. Últimas conversaciones con Peter Seewald*. Bilbao: Mensajero, 2016, p. 195.

[7] Ídem, ibídem.

[8] Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Tribalismo indígena, ideal comuno-missionário para o Brasil no século XXI*. São Paulo: Vera Cruz, 1977.

[9] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolução e Contra-Revolução*. 5.ª ed. São Paulo: Retornarei, 2002, p. 204.

[10] Cf. DREHER, Rod. *The Benedict Option. A Strategy for Christians in a Post-Christian Nation*. New York: Sentinel, 2017.

[11] PASCAL, Blaise. «Lettre du fin de octobre 1656 a Charlot-

Considerado todo esto, ¿hasta dónde hemos llegado? Quizá estemos ya a punto de vivir lo que el propio Ratzinger había pronosticado: una comunidad semejante a un grano de mostaza, que se desarrolla en grupos pequeños, aparentemente poco significativos —los últimos…—, pero que trata de devolver el bien al mundo.[17] Para él, el futuro de la iglesia en este nuevo milenio vendrá de aquellos «que tienen raíces profundas y viven de la plenitud pura de su fe».[18] En otras palabras, el futuro de la Iglesia será acuñado nuevamente por los santos.[19]

Ante esto, ¿cómo no pensar en una nueva vitalidad en la Iglesia, una «primavera pentecostal»,[20] tal y como preconizó Ratzinger en su memorable entrevista a Vittorio Messori? ¿Cómo no conjeturar sobre «grandes renacimientos católicos», como el que presenció durante su pontificado entre, por ejemplo, «los Heraldos del Evangelio, jóvenes llenos de entusiasmo por haber reconocido en Cristo al Hijo de Dios y deseosos de anunciarlo al mundo»?[21] En estos momentos en que tanto abundó el pecado, ¿cómo no esperar una sobreabundancia de la gracia (cf. Rom 5, 20), una como que nueva venida del Espíritu Santo?

Los primeros y los últimos

Semejante situación de calamidad, pero llena de esperanza, coincide con la carta a la Iglesia de Filadelfia, registrada en el Apocalipsis. Al respecto, San Buenaventura trata acerca del advenimiento de un «príncipe defensor de la Iglesia», que la sustentará en los momentos de tribulación. Tendrá el poder de la llave de David, «de forma que si él abre, nadie cierra, y si él cierra, nadie abre» (Ap 3, 7).[22]

Tras esta nueva erupción del Espíritu Santo, podemos esperar entonces que los acontecimientos se desarrollen a la manera de las narraciones en los Hechos de los Apóstoles.

Ante todo, es necesaria una purificación de los traidores de la Iglesia: Judas es sustituido por San Matías (cf. Hch 1, 15-26), antes de la llegada de Pentecostés (cf. Hch 2, 1-16). Pedro les habla a las multitudes (cf. Hch 2, 14-36), favoreciendo el crecimiento de la comunidad. Hay milagros, conversiones y curaciones (cf. Hch 2, 37–3, 26), para que se viera dónde está la verdadera Iglesia. Luego, el ministerio petrino es amparado por el «juanino», cuando Juan empieza a colaborar directamente en las batallas de Pedro frente al sanedrín, es decir, contra la falsa Iglesia (cf. Hch 4, 1-30). Finalmente, surgen nuevas persecuciones y misiones, hasta que la paz reina por completo. Entonces estaremos ante el «vencedor» y la «nueva Jerusalén, la que desciende del Cielo de junto a mi Dios» (Ap 3, 12).

En resumen, los que piensan que son los primeros serán los últimos; y los que se creen últimos serán los primeros… El que tenga oídos, ¡que oiga! ✧

© agefotostock

En consonancia con el mensaje profético de Fátima, ¿no estaremos a punto de vivir lo que el propio Papa pronosticó, una Iglesia que se desarrolla en grupos pequeños, aparentemente insignificantes, pero que devuelven el bien al mundo?

Benedicto XVI en el Santuario de Nuestra Señora de Fátima (Portugal); al fondo, la sierra de la Cantareira, Mairiporã (Brasil)

Juan Carlos Villegas/mz

te de Roannez». In: *Œuvres Complètes*. Paris: Gallimard, 1954, p. 510.

[12] GÄNSWEIN, Georg. *Benedetto XVI, la fine del vecchio, l'inizio del nuovo: L'analisi di Georg Gänswein*. In: www.acistampa.com.

[13] BENEDICTO XVI; SEEWALD, op. cit., p. 195.

[14] Cf. BENEDICTO XVI. *Homilía en el Santuario de Fátima*, 13/5/2010.

[15] GÄNSWEIN, op. cit.

[16] Cf. WALSH, William Thomas. *Saint Peter the Apostle*. New York: Macmillan, 1948, p. 307.

[17] Cf. RATZINGER, Joseph. *O sal da terra*. 2.ª ed. Rio de Janeiro: Imago, 2005, p. 15; 100.

[18] RATZINGER, Joseph. *Fe y futuro*. Salamanca: Sígueme, 1973, p. 74.

[19] Cf. Ídem, p. 75.

[20] RATZINGER, *Rapporto sulla fede*, op. cit., p. 41.

[21] BENEDICTO XVI. *Luce del mondo. Il Papa, la Chiesa e i segni dei tempi*. Città del Vaticano: LEV, 2010, pp. 89-90.

[22] Al respecto, véase: RATZINGER, Joseph. *La Teología de la Historia de San Buenaventura*. 2.ª ed. Madrid: Encuentro, 2010, pp. 67-70.

Reproducción

Fulgurante trayectoria de un Papa histórico

Desde su juventud, en la existencia de Joseph Ratzinger brilló la señal de una llamada especial al servicio de la Iglesia.

Miguel de Souza Ferrari

Teólogo admirable, diplomático perspicaz, eclesiástico muy influyente: he aquí algunos de los atributos de aquel hombre que dejó esta vida hace poco, el papa Benedicto XVI. Difícilmente alguien podría cumplir con más propiedad todos estos requisitos para desempeñar el encargo de sumo pontífice en nuestros días que Joseph Ratzinger; y creo que pocos se atreverían a negarlo.

No obstante, si bien es cierto que poseyó tales rasgos, no es menos cierto que los fue adquiriendo a lo largo de una extensísima trayectoria de experiencias que conformaron esa personalidad tan impactante como discreta. Por lo tanto, para comprender en profundidad la figura de Benedicto XVI, nada mejor que analizar su vida.

Nace en Baviera un niño destinado al sacerdocio

Joseph Ratzinger nació el 16 de abril de 1927, en una modesta familia del pueblo bávaro de Marktl am Inn, en un ambiente de mucha alegría y religiosidad. Esta circunstancia le ayudó a arraigar su fe, produciendo en él verdadero encanto con relación a la Iglesia, lo que muy pronto hizo despertar en su alma el deseo de ser sacerdote.

A pesar de las dificultades provocadas por la Segunda Guerra Mundial —durante la cual tuvo que servir en el ejército alemán—, pudo realizar sus estudios, siendo finalmente ordenado sacerdote el 29 de junio de 1951.

Influyente perito en el Concilio Vaticano II

Ratzinger no tardó en destacarse como un hombre eminentemente instruido, ejerciendo el oficio de profesor en 1952 y obteniendo, en 1953, el doctorado en Teología.

No es de extrañar que, con ocasión del Concilio Vaticano II, el cardenal Joseph Frings, arzobispo de Colonia, lo convocara como su consejero teológico particular, a fin de elaborar los esquemas que serían leídos en las sesiones conciliares.

De tal manera brilló su capacidad intelectual que el sacerdote bávaro enseguida se convirtió en uno de los peritos de la magna asamblea, ejerciendo grandísima influencia durante su desarrollo.

El guardián del depósito de la fe

Sin embargo, Ratzinger no estaba destinado a permanecer como mero erudito. Su actuación en la Iglesia se extendería a un ámbito más pastoral: nombrado arzobispo de Múnich recibió la ordenación episcopal el 28 de mayo de 1977 y, un mes después, fue creado cardenal por el papa Pablo VI.

En febrero de 1982, el nuevo purpurado se mudó a Roma, dejando atrás el gobierno de una diócesis para ejercer ahora una eficaz ascendencia sobre la Iglesia universal, como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Ahora vemos a Ratzinger, con su boina y maletín, cruzando todos los días la plaza de San Pedro camino de su despacho, donde pasa la jornada —incluso los festivos— en medio de intensos trabajos: lee incansablemente numerosas obras, siempre en su lengua original; prepara documentos de la congregación; juzga delitos graves; toma contacto con textos sigilosos, como el del mensaje de Fátima, «la más profética de las apariciones modernas».[1]

Su firmeza doctrinaria —que le valió por parte de sus desafectos el epíteto de *Panzerkardinal*, en alusión a los tanques de guerra alemanes—, le confirió cada vez más destaque en el cuerpo eclesiástico, siendo unánimemente reconocido como el brazo derecho de Juan Pablo II, sobre todo en la última década de su pontificado. Con la muerte del Papa en 2005, el

nombre de Ratzinger fue el más votado para sucederlo.

«¡Habemus papam!»

Pocas veces la plaza de San Pedro ha sido escenario de mayores manifestaciones de entusiasmo como en aquel 19 de abril de 2005, cuando se anunció la elección de Joseph Ratzinger —en adelante, Benedicto XVI— como el 265 sucesor de San Pedro. Eligió para su escudo pontificio la misma frase que la del episcopal, indicando con ello su meta como pastor: *Cooperatores Veritatis*, «Cooperadores de la Verdad» (3 Jn 1, 8).

¿Cómo actuaría en cuanto Papa aquel que era considerado como intransigente por sus detractores? Su primera encíclica, *Deus caritas est*, sorprendió en el ámbito eclesiástico, pues hizo sacar a la superficie al Ratzinger de la concordia y de la unión: «Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta encíclica».[2]

Ya el inicio de su pontificado lo consagró a la Virgen de Fátima, quizá dando a entender con este acto lo que afirmaría tajantemente más tarde sobre la actualidad de las apariciones de Nuestra Señora en Cova da Iría. Se ve cómo sus lecturas mientras era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe le marcaron profundamente y le dieron cierto conocimiento acerca del futuro del Cuerpo Místico de Cristo.

El grano de mostaza

Mucho hizo Benedicto XVI como cabeza visible de la Iglesia, aunque aún faltaba mucho por hacer. De modo que con enorme estupefacción, aquel histórico 11 de febrero de 2013, el mundo recibió la noticia de su renuncia como sumo pontífice: aseguraba que ya se le habían agotado sus fuerzas, pese a que su energía vital lo llevara a vivir casi diez años más.

Con estupefacción, decimos, pero también con tristeza, porque el Papa alemán era querido en todo el orbe, e incluso con cierta aprensión, ya que todos se preguntaban por el futuro de la Iglesia tras su renuncia.

Ciertamente, Benedicto XVI ponderó con detenimiento las consecuencias de aquel acto antes de concretarlo. Poco después de su elección había afirmado que era necesario que cada uno fuera consciente de que un día rendiría cuentas al Juez supremo de todo lo que había hecho u omitido por la unidad plena y visible de sus discípulos.[3] Con este estado de espíritu inauguró su pontificado, con él lo concluiría y con él entraría en el silencio y en el recogimiento, como la semilla que penetra en la tierra. El vicario de Cristo se convirtió así en un símbolo del Reino de Dios, comparado por Jesús al grano de mostaza (cf. Lc 13, 19).

Si bien que ahora nos entristece la ausencia de la semilla, reconozcamos que éste es el momento en que ella «da mucho fruto» (Jn 12, 24). Ciertas misiones sólo se cumplen plenamente en la vida eterna. ¿Cómo se concretará en adelante la vocación de Benedicto XVI de ser «cooperador de la Verdad»?

Parece que toman color las palabras que pronunciara cierta vez: «Es probable que estemos ante una nueva época de la Historia de la Iglesia muy diferente, en la que volvamos a ver una cristiandad semejante a aquel grano de mostaza». Y retomando el tema, en esa misma ocasión, dijo: «Y, precisamente por eso, vuelve siempre a rejuvenecer».[4]

La semilla ha sido enterrada, el futuro nos revelará qué brotes nacerán. Una certeza permanece: al final, el Reino de Dios florecerá, pues Cristo, que nos lo prometió, es inmortal. ✧

---

[1] BENEDICTO XVI. *Regina cœli*, 13/5/2007.

[2] BENEDICTO XVI. *Deus caritas est*, n.º 39.

[3] Cf. BENEDICTO XVI. *Mensaje a la Iglesia universal al final de la santa misa con los cardenales electores*, 20/4/2005.

[4] RATZINGER, Joseph. *La sal de la tierra*. 9.ª ed. Madrid: Palabra, 2006, pp. 18; 130.

Fotos: Reproducción

pictures | ettcom (CC by 3.0)

Sergey Gabdurakhmanov (CC by 2.0)

Elvir Tabaković (CC by-sa 4.0)

De arriba abajo: Joseph Ratzinger a los 6 años; en 1950, seminarista; como cardenal; ya Papa, en 2009; como Papa emérito, en 2019. En la página anterior, Benedicto XVI en 2010

Sobre la piedra que es Pedro

Cada legítimo sumo pontífice perpetúa el mismo primado de Cefas. En cierto modo, también reciben del Maestro la mirada que, además de convocarlos para el cargo, los invita a reafirmarse en su amor.

Javier Antonio Sánchez Vásquez

La tecnología ha hecho progresos asombrosos en el campo del armamento a lo largo de las últimas décadas. Con frecuencia se informa sobre innovaciones de este tipo, aún más a propósito del amenazante conflicto en Ucrania. El poderío bélico de una nación, sin embargo, no puede limitarse a la mera producción y almacenamiento de armas. Como es praxis en las guerras, cada bando trata de apropiarse del arsenal enemigo, estudiarlo y utilizarlo contra su antiguo dueño.

De manera análoga, desde sus orígenes, el papado ha sido una institución ferozmente combatida por hombres y demonios. Por supuesto que en esta batalla hay un claro vencedor, pues las puertas del infierno jamás prevalecerán contra la Iglesia (cf. Mt 16, 18). Hay momentos, sin embargo, en que el núcleo de la lucha se extiende hasta el corazón de Pedro, y los enemigos buscan hacerlo palpitar contra la propia institución que debería proteger. En estas condiciones, ¿qué pueden hacer por él los fieles que militan en la tierra?

Retrocedamos a los orígenes de la misión del sumo pontífice para responder mejor a esta pregunta.

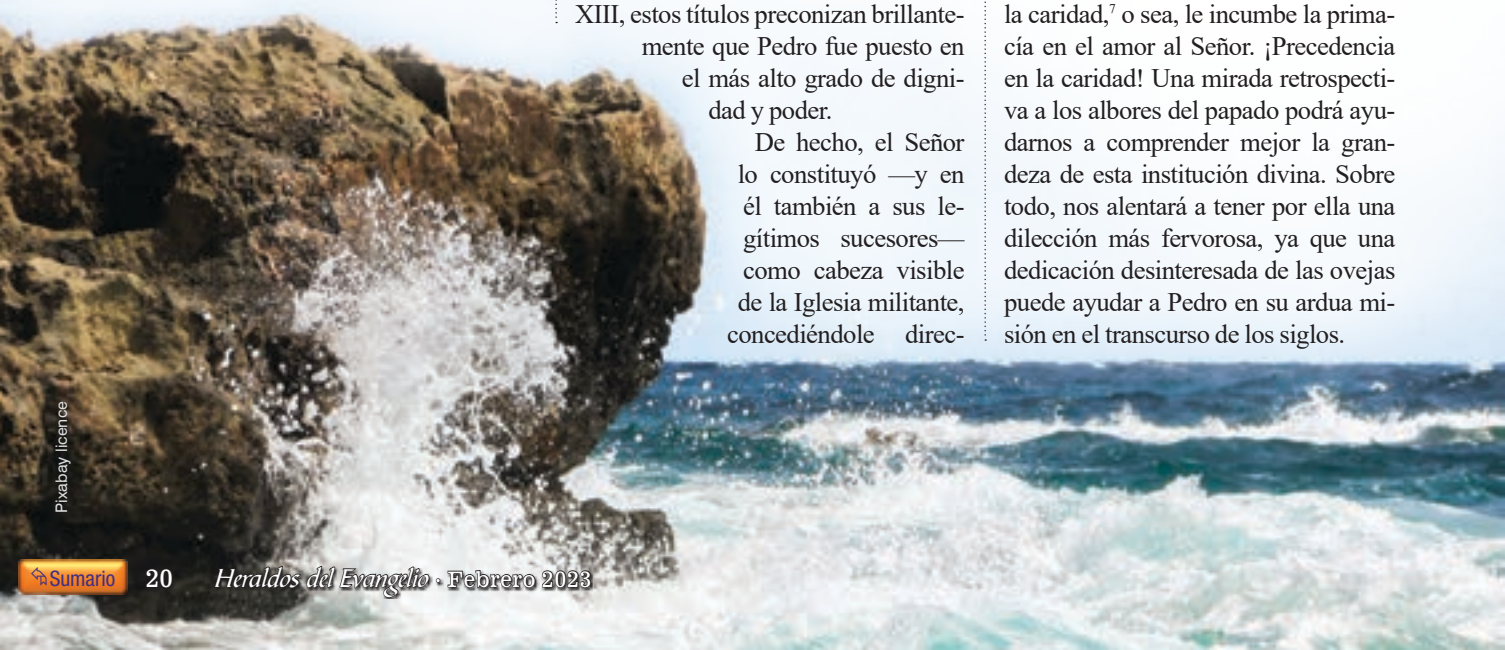
¿Quién es Pedro?

A lo largo de los siglos, se han ido desarrollando expresiones muy singulares para referirse al primer Papa. Entre otras denominaciones que se remontan a tiempos lejanos encontramos éstas: «Príncipe de los Santos Apóstoles», «corifeo de su coro», «boca de todos los Apóstoles», «columna de la Iglesia».[1] Como señaló el papa León XIII, estos títulos preconizan brillantemente que Pedro fue puesto en el más alto grado de dignidad y poder.

De hecho, el Señor lo constituyó —y en él también a sus legítimos sucesores— como cabeza visible de la Iglesia militante, concediéndole directa e inmediatamente un primado de verdadera y propia jurisdicción, y no sólo honorífico.[2] En virtud de su cargo como representante de Cristo y pastor de la Iglesia, el sumo pontífice tiene autoridad suprema y universal sobre toda la institución.[3]

Pero el primado de Pedro, cuyo reconocimiento y sumisión son necesarios para la salvación,[4] se ejerce en armonía con la constitución colegial de la Iglesia, es decir, con los obispos del mundo entero que están unidos a él. Se trata, por tanto, de un primado de comunión.[5] Nuestro Señor Jesucristo, a fin de cuentas, es quien gobierna a su Esposa Mística por medio del Papa y de los legítimos pastores.[6] Así pues, no le corresponde al desempeño de esta autoridad un régimen tiránico y totalitario.

El Santo Padre también preside en la caridad,[7] o sea, le incumbe la primacía en el amor al Señor. ¡Precedencia en la caridad! Una mirada retrospectiva a los albores del papado podrá ayudarnos a comprender mejor la grandeza de esta institución divina. Sobre todo, nos alentará a tener por ella una dilección más fervorosa, ya que una dedicación desinteresada de las ovejas puede ayudar a Pedro en su ardua misión en el transcurso de los siglos.



Pixabay licence

La primera mirada de Jesús a Simón

El Evangelio de San Juan registra, con singulares pormenores, el acontecimiento que transformó la vida de un pescador de Galilea.

Andrés era uno de los dos discípulos que acompañaban a San Juan Bautista cuando éste, al avistar a Jesús, declaró: «Éste es el Cordero de Dios» (1, 36). Habiéndose quedado aquel día con el Maestro, Andrés salió enseguida a buscar a su hermano y le manifestó: «Hemos encontrado al Mesías» (1, 41). ¡Qué luz no debió haber iluminado el alma de Simón al oír el anuncio de la llegada del Salvador!

Hemos de considerar que, desde toda la eternidad, el Señor sabía a quién iba a elegir como piedra fundamental de su Iglesia. Había llegado, pues, el momento de encontrarse con él en el tiempo. Narra el evangelista que Andrés llevó a su hermano ante el divino Maestro, y «Jesús se le quedó mirando y le dijo: "Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que quiere decir Pedro, o piedra)"» (1, 42).

Esta mirada de eterna dilección jamás abandonará a Pedro. Es la revelación inicial que Jesús le hace a su futuro vicario, y sobre esta verdad fundamental se yergue la misión de la «columna de la Iglesia».

Fijándose en él, el Maestro contempló a todos los que le sucederían en el solio pontificio. En efecto, por institución del propio Cristo —por derecho divino, por tanto— es por lo que el bienaventurado Pedro tiene perennes sucesores en el primado sobre la Iglesia universal.[8] Cada legítimo sumo pontífice perpetúa el mismo primado de Cefas. En cierto modo, también reciben del Señor la mirada que, además de convocarlos para el cargo, los invita a reafirmarse en su amor.

En la primera mirada de Jesús a Pedro, el papado encuentra su verdadero horizonte. La fuerza de esta mirada continuó sustentando a Cefas a lo largo de los siglos, asegurando la firmeza de la roca sobre la cual se erige la Iglesia.

Una confesión, un premio, un encargo

Con su insuperable pedagogía divina secundada por gracias, el Señor modeló y predispuso paso a paso el corazón de Simón para que en determinado momento recibiera de Dios Padre una importantísima revelación (cf. Mt 16, 17).

San Pedro poseía la virtud de la fe en tal alto grado que fue el varón elegido para confesar la divinidad de Jesús. Esta proclamación «se realizó con base en un discernimiento penetrante, lúcido y abarcador de la naturaleza divina del Hijo de Dios»,[9] conforme explica Mons. João Scognamiglio Clá Dias.

Así pues, estando con el Maestro en la región de Cesarea de Filipo, lejos de los acontecimientos arrebatadores y de la agitación de las turbas, sólo se oía la voz de la fe: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16). A continuación, Jesús le anunció a Cefas que edificaría una obra indestructible, la Iglesia, y le entregaría a él «las llaves del Reino de los Cielos» (Mt 16, 19).

Pedro y Juan, una relación evocadora

Sin embargo, la fe del primer Papa, por grande que fuera, no le bastaría para corresponder a su llamamiento. Pedro le aseguró al Maestro que nunca lo abandonaría; no obstante, de entre los Apóstoles, únicamente Juan estuvo al pie de la cruz (cf. Lc 22, 33; Jn 19, 26). Pedro tuvo miedo cuando Jesús obró la pesca milagrosa en el lago de Genesaret: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador» (Lc 5, 8); Juan reclinó su frente sobre el corazón del Redentor (cf. Jn 13, 25), porque «no hay temor en el amor» (1 Jn 4, 18). Finalmente, Pedro proclamó su fe en Jesús, y Juan expresó con singular claridad en qué consiste el centro de nuestra fe y la

Reproducción

Jesús flanqueado por San Pedro y San Juan Evangelista - Iglesia del Santísimo Sacramento, Nueva York

La relación entre los apóstoles Pedro y Juan parece subrayar cuánto la excelencia de la fe depende de la soberanía de la caridad

imagen cristiana del Creador, diciendo: «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16), como enseña Benedicto XVI.[10]

No pretendemos insinuar que entre el Príncipe de los Apóstoles y San Juan existiera una completa igualdad. A mediados del siglo XVII, durante el pontificado de Inocencio X, fue juzgada y declarada herética la doctrina sostenida por el jansenista Marín de Barcos, que defendía una doble cabeza en la Iglesia.[11] El hereje equiparaba al apóstol Pablo con San Pedro en el poder supremo y en el gobierno de la Iglesia universal.

Creemos, más bien, que la preciosa relación entre Cefas y Juan —el apóstol del amor—, tan evidente en

los Evangelios, parece subrayar cuánto la excelencia de la fe depende de la soberanía de la caridad, aun siendo ambas virtudes hermanas, eslabones de una misma cadena.

«Pedro, ¿me amas?»

«La fe actúa por el amor»,[12] afirma Santo Tomás; en efecto, la caridad hace perfecto y formado el acto de la fe.

Ahora bien, transcurridos algunos años de convivencia con el Señor, a pesar de ser grande la fe de Pedro, imperfecto era aún su amor. Y el divino Maestro, antes de subir al Cielo, quiso consolidar a su elegido en la misión que le había reservado. Y esto sucedió en una de las apariciones a los Apóstoles después de la Resurrección, junto al lago de Tiberíades, cuando Jesús le preguntó tres veces: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Ante cada respuesta afirmativa, Jesús le ordena: «apacienta mis corderos», «pastorea mis ovejas», «apacienta mis ovejas» (Jn 21, 15-17).

La caridad es la condición para apacentar el rebaño de Cristo, ya que, como hemos visto, se trata de un atributo esencial del primado petrino. Así, aumentando el amor de Cefas, el Salvador garantizaba la perennidad de la institución pontificia.

Por consiguiente, es deducible de ahí que las flaquezas en la vida de San Pedro —y las del papado a lo largo de los siglos— se deban principalmente a las defecciones en la línea del amor. Son dos milenios ya de inmaculada defensa de la fe por parte del magisterio infalible; no obstante, sin faltar nunca a la ortodoxia en las palabras, se puede predicar el desamor con el ejemplo.

Dos mil años de existencia

Inmediatamente después de la triple interpelación, el Salvador profetizó: «Cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras» (Jn 21, 18).

Nuestro Señor Jesucristo entrega el rebaño de la Iglesia a San Pedro - Londres

Antes de subir al Cielo, Jesús quiso consolidar a Pedro en el amor para garantizar el cumplimiento de la sublime misión que le había reservado

El papado cuenta con una existencia bimilenaria. Quizá, en determinado contexto histórico, esta institución de larga data se vea sujeta a lo que el divino Maestro le predijo a San Pedro: que le extendería sus brazos a los verdugos que quieren crucificarla, que sería ceñida y llevada por extraños adonde no desea ir, por donde no debe ir.

Santa Faustina, la secretaria de la misericordia de Jesús, registra en su diario estas dolorosas palabras del Señor: «Los grandes pecados del mundo hieren mi Corazón algo superficialmente, pero los pecados de un alma elegida traspasan mi Corazón por completo…».[13]

Durante la Pasión, estando en la casa de Caifás, Pedro negó tres veces a la Verdad, y tres veces la Verdad cayó en el camino del Calvario. ¿No serían estos desafortunados pronunciamientos del primer Papa cuales nuevas piedras de tropiezo para el Salvador (cf. Mt 16, 23)? Es grande el poder de Pedro, que todo lo puede atar en la tierra y en el Cielo.

Sin embargo, la predilección —ese insondable misterio— marcó el alma de Cefas para siempre. Nos atrevemos a decir que, ante la omnipotencia del perdón divino y de las oraciones de María, incluso hasta el poder de las llaves es impotente: «El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: "Antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces". Y, saliendo afuera, lloró amargamente» (Lc 22, 61-62).

Sin duda, esta insigne gracia de contrición fue comprada por las súplicas de la Santísima Virgen: podemos decir que María sustentó la Iglesia en aquel momento, como hoy sustenta el papado.

Cimentada sobre la sangre de los mártires

Es difícil admitir que hay una mirada más significativa para un Papa que la del Redentor ajusticiado. En la expresión sufridora de Jesús se contempla en germen el triunfo de la Resurrección; además, la muerte del Señor en la cruz compró la inmortalidad de su Esposa —la Iglesia—, fundada sobre la roca que es Pedro.

Siguiendo una antigua tradición, el sumo pontífice se revestía de un bellísimo calzado rojo, viniendo a significar que la Iglesia está cimentada sobre la sangre de los mártires. Los pasos de Cefas eran, por tanto, acompañados

simbólicamente por el testimonio de aquellos que, perseverando en la fe, se ofrecieron en sacrificio por Cristo.

De hecho, el holocausto del Señor es la razón de incontables otros. Incluso hasta en nuestros días, la sangre de los mártires se renueva continuamente. Sí, porque un suplicio quizá mayor y más injusto que el de morir por odio a la religión es el de ser martirizado por la fidelidad al amor. Expliquémoslo mejor. Con gran acierto, un célebre orador afirmó en una ocasión: ser amado y no amar es ser tirano; amar y no ser amado es ser mártir.[14]

Ejemplo de este martirio de alma podemos encontrarlo en el justo Job, que perseveró en su inocente rectitud, resistiendo impasible a los atroces sufrimientos que la Providencia permitió que el demonio le infligiera, sin el alivio de ninguna consolación espiritual. Este admirable personaje bíblico también representa a los varones que hoy sufren por el Cuerpo Místico, en unión con su cabeza, Nuestro Señor Jesucristo, por pura devoción a la roca inquebrantable del papado.

Una gema inédita entregada al papado

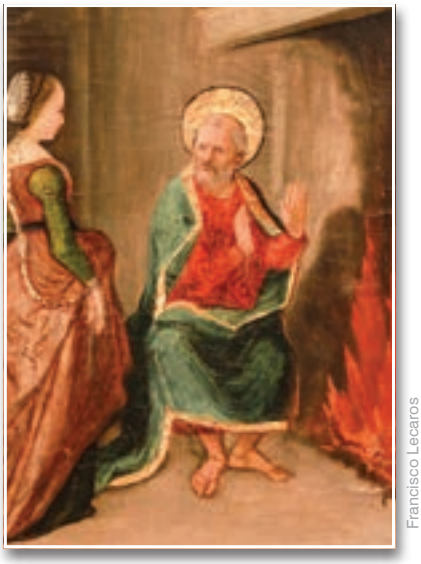
Quizá, en determinado contexto histórico, Pedro haya faltado o venga a faltar con la reciprocidad de amor por los hijos que tanto lo aman. Para ello no sería preciso ningún gesto ostensivo; hay ciertas formas de silencio que confunden, hay indiferencia y omisiones que se enumeran entre los mayores actos de desamor. De verificarse tal absurdo, sería ocasión para dar a la elección y a la autoridad de Cefas una prueba inmensa de fidelidad, llevada al extremo. Y un único motivo bastaría para explicar este amor tan inexplicable: simplemente porque él es Pedro.

En unión con los infinitos méritos del Redentor, queda por preguntarse qué frutos se derivarían de la sangre derramada con tanta generosidad. Dios no deja de premiar a quien se inmola por Él sin buscar recompensa: llegará el día en que esos Job serán exaltados por su innegable amor a Pedro, y su sangre resplandecerá cual gema preciosísima e inédita en la institución del papado, como indagando: «Pedro, ¿me amas?».

Nada es en vano. Las apariciones de Cova da Iria y la promesa incondicional de Nuestra Señora de Fátima adquieren un brillo especial cuando se aplican al papado: «Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará». Se trata de la victoria del amor de María, que abre una nueva era de fe para el mundo y para la Santa Iglesia. ✧

Reproducción

Las defecciones de Pedro a lo largo de los siglos, ¿no serían reparadas por los Job que sufren desinteresadamente por la Iglesia?



Francisco Lecaros

A la izquierda, Job visitado por sus amigos - «Grandes Horas de Ana de Bretaña»; a la derecha, Negación de San Pedro - Museo de Bellas Artes, Córdoba (España)

[1] LEÓN XIII. *Satis cognitum*: DH 3308.

[2] Cf. CONCILIO VATICANO I. *Pastor æternus*: DH 3055.

[3] Cf. LEÓN XIII, op. cit., 3309.

[4] Cf. BONIFACIO I. *Carta «Institutio», a los obispos de Tesalia*: DH *233*; *Carta «Manet beatum», a Rufo y a los otros obispos de Macedonia*: DH 234; BONIFACIO VIII. *Unam sanctam*: DH 875.

[5] Cf. CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 18: DH 4142.

[6] Cf. Ídem, n.º 14, 4137.

[7] Cf. SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA. *Lettre aux Romains*: SC 10, 107.

[8] Cf. CONCILIO VATICANO I, op. cit., 3056-3058.

[9] CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, t. VII, pp. 125-126.

[10] Cf. BENEDICTO XVI. *Deus caritas est*, n.º 1.

[11] Cf. INOCENCIO X. *Decreto del Santo Oficio*, 24/1/1647: DH 1999.

[12] SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 4, a. 3.

[13] SANTA FAUSTINA KOWALSKA. *Diario. La Divina Misericordia en mi alma*. Stockbridge: Marian Press, 2010, p. 600.

[14] Cf. VIEIRA, Antonio. «Sermão da primeira sexta-feira da Quaresma». In: *Obra Completa*. São Paulo: Loyola, 2015, t. II, vol. II, p. 154.

Amor siempre creciente por la Iglesia

Sergio Hollmann

Alegoría de la Iglesia - Catedral de Estrasburgo (Francia)

Ya en su infancia, sin saber el nombre y el fenómeno, debido a su corta edad, el Dr. Plinio realizó un auténtico matrimonio espiritual con la Santa Iglesia, entregándose sin límites y uniéndose a ella con vínculos eternos.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Para el Dr. Plinio, la Iglesia se le figuraba como un alma inmensa, una persona que reunía en sí mil y una grandezas, santidades y perfecciones

Para conocer a la Iglesia en todo su fulgor es necesario que en cierto momento sintamos en lo más profundo de nuestra alma lo que ella es. Y el autor utiliza el término sentir porque, de hecho, parecería ser un gusto místico, un oír, ver, respirar y hasta casi un palpar la Iglesia… Sin la luz del Espíritu Santo todo se reduce a un teorema de matemáticas que podrá servir como base para largas conferencias o gruesos libros teóricos, en que se aplicará sólo la inteligencia, pero no el corazón.

Recurramos a una metáfora para que podamos comprender mejor la diferencia entre el conocimiento intelectivo y el experimental, o sea, el proveniente de una gracia mística. Supongamos que alguien nunca ha comido, por ejemplo, un mangostán. Se la describen como una fruta de tamaño mediano, con cáscara rugosa, de color remolacha, que en su interior tiene unos gajos de un blanco níveo, y cuyo sabor aterciopelado se asemeja al de una cereza mezclada con miel. Aun así, esta definición abstracta no basta para que esa persona se haga una idea de cómo es dicha fruta: tendrá que coger un mangostán con sus manos, llevarse la pulpa a la boca y probarla… Entonces, por medio de los sentidos, en su mente se configurará una síntesis de todo: cáscara, color y sabor, y enseguida sacará sus conclusiones y emitirá un juicio.

«La Iglesia me parece un alma inmensa…»

Al Prof. Plinio Corrêa de Oliveira ese fenómeno sobrenatural, a la manera de un contacto directo con la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, le tocó de tal modo su sensibilidad, aun en su infancia, que llegaba a considerarla como una persona. Una figura mística, evidentemente, que él creaba para explicarles adecuadamente a los demás lo que pasaba en lo más profundo de su corazón:

«Viendo todos estos aspectos de la Iglesia, tenía a veces una curiosa impresión. Me decía: "La Iglesia parece una persona. No parece una institución, sino un alma inmensa, que se manifiesta de mil formas, que tiene movimientos, grandezas, santidades, perfecciones; como si fuese una sola alma, que se expresa a través de todas las iglesias católicas del mundo, de todas las imágenes, de todas las liturgias, de todos los acordes de órgano, de todos los tañidos de campana… Esta alma lloró con los *réquiems*, se alegró con los repiques de los Sábados

de Aleluya y de las noches de Navidad; esta alma llora conmigo, se alegra conmigo. Veo en la Iglesia más un alma que una institución"».

En el siguiente fragmento el Dr. Plinio se muestra más profuso en la descripción:

«Lo que voy a decir se refiere, naturalmente, al Espíritu Santo, pero cuando uno es pequeño no lo distingue bien: tenía la idea de que la Iglesia era una institución viva, con un espíritu propio, […] andando y reaccionando como si se tratara de una persona a lo largo de la Historia, con todas las misericordias de madre, paciencias de madre, dignidades de madre, *savoir-faire* de madre, maneras de madre; ¡es una Iglesia Madre! […] La madre más acogedora, más íntima, más bondadosa, más "perdonante" que se pueda imaginar; pero también la reina más digna de alabanza que se pueda imaginar; y la guerrera virginal, a lo Santa Juana de Arco, capaz de todas las victorias, sin perder la delicadeza femenina, con fuerza efectiva, superando a todos los mariscales, ¡inspiradora de todos los héroes!».

A partir de entonces nació en él un amor siempre creciente… Amor de devoción, de modo que durante toda su vida la Iglesia fue su pasión más arraigada; amor purísimo, enteramente desapegado; amor de esclavitud que, sin embargo, no le oprimía, sino que le daba libertad; un amor tal, que era casi una adoración por la Iglesia. Ocurriese lo que ocurriese, ¡estaba dispuesto a servirla!

«La Iglesia Católica es para mí más que mi padre, más que mi madre, más que mi vida, más que cualquier cosa que pudiera tener; a la Iglesia Católica, ¡la amo con un amor que tiene rasgos de adoración! ¡Porque es el Cuerpo Místico de Nuestro Señor Jesucristo!».

Un místico connubio con la Santa Iglesia

El Dr. Plinio venía siendo preparado desde su nacimiento, o quizá antes, por una gracia que lo llevaría a realizar un desposorio místico con la Santa Iglesia. Fenómeno singular, ya que esta alianza sobrenatural casi siempre se produce entre el alma y Dios, quien se presenta, la mayoría de las veces, con los rasgos de la humanidad santísima del Salvador.[1]

Fue una de las pocas almas en la Historia que ha hecho un connubio con la Iglesia. Ya en la infancia, sin saber el nombre de este fenómeno, debido a su tierna edad, realizó este matrimonio espiritual de una profundidad inimaginable, entregándose sin límites y uniéndose a ella con lazos eternos.[2] Veamos sus palabras:

«¡Cuánto me gusta esta alma! ¡Tengo la impresión de que mi alma es una pequeña resonancia o una pequeña repetición suya! […] Todo lo que me gusta es como esta alma. Y esta alma es como todo lo que me gusta. Sólo me gusta esta alma. Y las otras cosas no me gustan, porque no valen nada. Sé que no es un alma, sino que parece un alma, pero es el ideal de mi vida […]. Algo hace que me sienta un poco como si fuese una gota de agua que refleja el sol. Soy la gota de agua, allí está el sol, pero viendo la gota se puede ver reflejado el sol entero. A la manera de miniatura y de reflejo, no substancialmente, contengo toda esa alma».

Aquí se aborda un aspecto poco comentado, pero riquísimo, misterioso y cumbre dentro de la Iglesia, y que el autor de estas líneas cree que fue el «nexo neural» por el cual el Dr. Plinio se identificó con ella: una visión excelsa de toda la creación, transmitida por Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto cabeza, a su Esposa Mística. Visión que, llevada a sus últimas consecuencias, redunda en la unión de este mismo orden del universo con el propio Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en quien todo está y fuera del cual nada existe.

En efecto, Dios está presente en todas las cosas de diferentes maneras: por esencia, es decir, manteniendo a cada instante lo que ha creado; por potencia, porque todo está sometido a Él, que tiene el poder de aniquilar cualquier criatura; y por presencia, porque desde la eternidad todo está bajo su mirada.[3] Sin embargo, esta teoría de las tres presencias, que generalmente se estudia en los textos de los teólogos, ¡en la Iglesia se encuentra de forma viva!

La visión sacral del orden del universo, transfundida por la Iglesia en el alma del Dr. Plinio, lo definía entera y profundamente y dio consistencia a su vocación, porque incluso antes de conocer la doctrina sobre la Iglesia Católica, la gracia y todo cuanto más tarde llegó a conocer, amó este orden con todas las fuerzas del alma porque intuía su correlación con Dios. La siguiente descripción ayuda a clarificar este tema:

«Hay algo que podríamos llamar la columna vertebral de mi pensamiento y que lleva consigo un amor graduado a todo lo que es *verum*, *bonum* y *pul-*

Al igual que en una gota de agua se puede ver reflejado el sol entero, así el Dr. Plinio percibía en sí el reflejo de la Santa Iglesia

El sol reflejado en gotas de rocío

Schringer friedrich (CC by-sa 2.5)

chrum —verdad, bondad y belleza. Este amor constituye el elemento fundamental a través del cual me uno a la Santa Iglesia Católica. Porque llegué a conocer a la Santa Iglesia Católica como el foco de esta actitud de alma y la aconsejaba en todos los sentidos y a todo propósito, por eso he amado tanto a la Iglesia. Pero lo es porque amé ese principio originariamente. Esto le da al alma mucho orden y también mucho desapego. Pues junto con este orden viene el gusto de amar todas las cosas sin que sea por la relación que tienen conmigo, sino por la relación que tienen con Dios. Es la práctica del amor a Dios».

Así fue desarrollándose él, en plena fidelidad a la alianza establecida desde el primer momento en que sintió la consonancia con el alma de la Iglesia. El siguiente fragmento es una profesión de fe y al mismo tiempo una confesión de ese sentimiento:

«La actitud de mi alma cada día, cada minuto, cada momento es la de buscar con los ojos de la Iglesia Católica, estar imbuido de su espíritu, tenerla dentro de mi alma, estar yo dentro de ella, […] vivir sólo para ella, de tal manera que pueda decir cuando muera: "¡En realidad, fui un varón católico y todo apostólico, romano, romano y romano!". […] Si quieren conocerme y seguirme, procuren ver de qué manera existe en mi alma el espíritu de la Iglesia. […] ¿Cómo podría este amor ser como es, sin que yo viese a la Iglesia de un determinado modo? Lo que se ama, se ama porque se ha visto, se ama porque se ha comprendido, se ama, en fin, porque se ha adherido con toda el alma; pero de tal manera que la palabra adherir dice poco: uno está entrañado, ha penetrado, se ha dejado penetrar, ha establecido un connubio de alma indisoluble y completo, tanto cuanto la debilidad humana lo permite, ¡para la vida y la muerte, para el tiempo y la eternidad! Así es mi pertenencia a la Iglesia Católica y se puede decir, de alguna manera, lo que San Pablo dijo acerca de Nuestro Señor Jesucristo: "Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí" (Gál 2, 20). Yo estoy llamado a que esto se realice de la siguiente manera: "No soy yo el que vive, sino que es la Iglesia Católica Apostólica Romana la que vive en mí"».

«Sin la Iglesia Católica yo no tendría sabiduría»

En varias conferencias a lo largo de los años afirmó taxativamente que había tomado como modelo a la Santa Iglesia, adoptando una posición hacia ella de continua obediencia.

«Desde pequeño, viendo a la Iglesia Católica, y no sólo a ella, sino también aquello que de ella se vertió en la sagrada civilización cristiana, lo consideré todo como cierto, infalible, indiscutible, punto por punto, esforzándome en investigar cada vez que no entendía una cosa, preguntándome: "¿Qué principio de sabiduría hay detrás de esto? Tengo que adivinar y conocer este principio de sabiduría". […] Y éste ha sido el embeleso de toda mi vida: ver a la Iglesia actuante en los dogmas, leyes, disciplinas, instituciones, en las grandes cosas y en las más pequeñas, incluso en la forma de los ornamentos de un sacerdote».

El embeleso de su vida era contemplar la acción de la Iglesia en todas las cosa: en los dogmas y las leyes, en las instituciones, en la celebración de la misa

Si su mirada posaba, por ejemplo, en la celebración de una misa, analizaba los gestos, la calma con que el sacerdote y los monaguillos se movían por el presbiterio, las reverencias que hacían al rezar el confíteor, los espléndidos colores de los ornamentos… Y se preguntaba: «¿Quién inventó esto? ¿Quién fue el hombre que, por primera vez, determinó que en la misa eso se debería hacer así? No fue un hombre, ¡fue la Iglesia!». Y de una minucia extraía una comprensión densa, que le permitía adentrarse más en el espíritu de la Iglesia. «Solamente más tarde supe que el alma de la Iglesia Católica era el Espíritu Santo. Y Él, presente en todas aquellas manifestaciones, era quien sugería a los hombres de la Iglesia ir seleccionando, a lo largo de los siglos, estas maravillas. Fue Él quien hizo nacer en la Iglesia estos reflejos de Dios».

Leandro Souza

Celebración de la santa misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

Para el Dr. Plinio, los encantos de la Iglesia no se limitaban a tal o cual aspecto, sino que todo lo que se relacionaba con ella era divino, y no dejaba nada sin amar…

«Mi espíritu se volvió afortunadamente incapaz de actuar a no ser en función de Nuestro Señor y de la Iglesia. Porque ése es el patrón por el cual todo se juzga correctamente. […] Pero noto que esa incapacidad es lucidez: me doy cuenta de que no veo, y de que lo poco que veo, lo veo mejor mirando a través de eso; y que a través de eso ¡lo veo todo!». «Así conseguí ser fiel, así adquirí la sabiduría. No lo fue por algo creado en mi propia cabeza. Con qué amor lo digo: lo he aprendido de la Iglesia Católica, como un hijo aprende en brazos de su madre. Sin la Iglesia Católica este hijo no tendría ninguna sabiduría. Todo viene de ella: viene la gracia, viene la enseñanza, ¡viene todo!».

Una vida marcada por la fidelidad a la Iglesia

El autor ha visto al Dr. Plinio conmovido hasta las lágrimas solamente por dos razones en su vida: en ciertos momentos, por el recuerdo de su madre, Dña. Lucilia, sobre todo justo después de su fallecimiento; y en otros, a propósito de la Santa Iglesia. De éstos, los tres momentos más emotivos fueron, sin duda alguna, los siguientes: cuando, a finales de la década de 1950, se retiró a una pequeña sala de la casa donde solía reunirse con sus seguidores, y lloró larga y copiosamente, al prever por el discernimiento de los espíritus las situaciones difíciles por las que la Iglesia tendría que pasar; en la Semana Santa de 1966, hablando una vez más de los sufrimientos de la Iglesia; y, por último, el 7 de junio de 1978, aniversario de su Bautismo, al oír que hacían una referencia a él en cuanto hijo y fruto de la Santa Iglesia: *Vir catholicus, et totus apostolicus, et «totissimus» romanus*.[4] ¡Este elogio le arrebataba el corazón porque era lo que más podría causarle honra, alegría y gloria!

El Dr. Plinio besa la estatua del Pescador, en 1988 - Basílica de San Pedro (Vaticano)

La gracia de unión del Dr. Plinio con la Iglesia era tan robusta e irresistible que en su corazón ya no había espacio para nada más

Las palabras pronunciadas en esta última ocasión no contienen una rigurosa descripción doctrinal acerca de lo que es la Iglesia, sino que en ellas se expresa la poesía de un varón que habla bajo la acción del Espíritu Santo, al contemplar a la Iglesia de forma directa y profunda:

«Esa Iglesia, a la que amo tanto que hasta me veo incapaz de hablar sobre ella. Y simplemente con pronunciar su nombre ya soy incapaz de decir después la inmensidad de elogios y de amor que en mi alma existen. […] Mientras la Iglesia exista en la tierra, mi vida tendrá razón de ser. Si algún día ella muriera, yo moriría amándola, con un amor que, de alguna manera, tiene rasgos de adoración. Pero cuando la viese morir, yo moriría también, porque la vida ya no valdría nada. Mis huesos se descoyuntarían, toda mi vida se desarticularía, porque su sol ya no estaría presente: la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana».

En esa circunstancia intentó explicar la razón de aquel llanto. El autor cree que la fuerte emoción que se apoderó de él fue porque la gracia de unión con la Iglesia era tan robusta, auténtica e irresistible que en su corazón ya no había espacio para nada más, al igual que Santa Teresa de Jesús, cuyo amor tan vivo por Dios la llevaba a sentir que su alma era prisionera del cuerpo. Así fue el amor de Plinio Corrêa de Oliveira por la Iglesia durante su larga y luminosa vida, amor siempre creciente que se desdoblará en mil y un fulgores. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, v. I, pp. 211-222.

---

[1] Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. Madrid: BAC, 2006, p. 741; ARINTERO, OP, Juan González. *La evolución mística*. Madrid: BAC, 1952, p. 481, nota 1.

[2] El elemento esencial del matrimonio místico es la unión permanente e indisoluble con Dios, que tiene como principio la simple posesión del estado de gracia. (cf. ROYO MARÍN, op. cit., pp. 741-743).

[3] Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 8, a. 3.

[4] Del latín: «Varón católico, todo apostólico, plenamente romano».

Santa Walburga

Un alma siempre fiel a la voluntad divina

Walburga dejó su patria para dedicarse a la expansión de la Iglesia en otras tierras, y aún hoy continúa reluciendo por sus virtudes y milagros.

Hna. Allana Neves Colati, EP

No sin razón se le ha llamado con frecuencia a Inglaterra con el apelativo *Isla de los santos*. De hecho, desde los primeros tiempos de su evangelización, numerosos han sido los santos que nacieron en aquellas regiones septentrionales.

A menudo se destacaron por su ardor misionero, el cual no se limitó a las islas británicas. El Espíritu Santo los condujo a otros rincones de Europa, continente donde la Iglesia echaría profundas raíces.

Santa Waldburgis —más conocida como Walburga— fue una de estas almas: por amor a Cristo, abandonó su país natal y se dedicó a la conversión de los paganos en tierras germánicas.

Nacida en noble y santa cuna

Hija más joven de San Ricardo, rey de Sajonia, y de Winna, hermana de San Bonifacio, nació en el 710, en Inglaterra. Tuvo dos hermanos: Willibaldo y Winebaldo, ambos también canonizados por la Iglesia.

Su infancia transcurrió en la próspera casa paterna, donde recibió una esmerada educación, hasta el momento en que su familia marchó de peregrinación a Italia y a Tierra Santa. Walburga fue confiada al cuidado de las monjas de la abadía de Winburn, de Dorsetshire.

El viaje de sus padres tan sólo fue un pretexto de la Providencia para que

En la parte superior, Santa Walburga - Iglesia de San Lorenzo, Wœrth (Francia). En esta página y en la siguiente, vitrales con escenas de la vida de la santa - Monasterio de Santa Emma, Greensburg (Estados Unidos)

la niña abriera sus ojos a la vocación religiosa ya desde temprana edad. Habiendo vivido varios años en Winburn, aprendió allí diversos oficios manuales y recibió clases de latín, idioma que usó más tarde para escribir la historia de sus santos hermanos. Sin embargo, su principal ocupación en la vida comunitaria consistía en cantar las glorias de Dios y dedicarse a la oración, para lo cual contribuía mucho su agudo espíritu contemplativo.

Formada en la escuela de la santidad

Walburga había heredado de sus padres el temperamento propio a una noble doncella. Su corazón afectuoso, rebosante de simpatía y bondad, hacía agradable estar cerca de ella. Era inclinada a compadecerse de las debilidades ajenas y se valía de la amabilidad como medio para auxiliar al prójimo.

No obstante, tales cualidades podrían fácilmente distorsionarse en el contacto con el mundo, transformándose en capricho e indulgencia hacia el mal, al ignorar sus peligros y asechanzas. Almas así, si no son corregidas, se impacientan con las reprensiones y se afligen con las pequeñas cruces y adversidades del día a día.

La vida conventual, sin embargo, le proporcionaba todos los elementos necesarios para la recta formación de su carácter, dándole fuerza y consistencia, y supo aprovecharlos durante los veintiocho años que estuvo bajo la disciplina monástica. Las correcciones y las pruebas interiores, la oración y el silencio, el peso de la rutina y la estabilidad a la que se había acostumbrado en esos largos años forjaron su espíritu para la misión a la que sería convocada en tierras lejanas.

Los vientos y las aguas oyeron su voz

Por esa época, San Bonifacio, su tío, trabajaba incansablemente en la evangelización de la actual Alemania.

> *La vida conventual le proporcionó todos los elementos necesarios para la correcta formación de su carácter, forjando su espíritu para futuras misiones*

Se había dado cuenta él de cuán preciosos frutos podría dar esta tierra a la Santa Iglesia y decidió pedirle a la superiora del monasterio de Winburn que enviara algunas religiosas para ayudarlo en el apostolado. Fueron designadas Walburga, Leoba, Tecla y otras treinta monjas más.

Cuenta la Historia que nada más salir del puerto se desató una terrible tormenta. Se presagiaba sin duda el naufragio y el pánico se apoderó de todos, e incluso los más experimentados marineros creían que no lograrían escapar con vida.

Walburga, no obstante, se puso a rezar e inmediatamente después ordenó a los elementos de la naturaleza que se calmaran. «Los vientos y las aguas oyeron la voz de Dios, que hablaba por medio de su sierva, y obedecieron; y sobrevino una milagrosa quietud, como si la paz y la mansedumbre que moraban en su interior hubiesen sido derramadas como aceite sobre el mar».[1] Gracias a este milagro, consiguieron llegar al continente en poco tiempo.

Abadesa en Heidenheim

Las religiosas fueron recibidas con alegría por el arzobispo San Bonifacio y por San Willibaldo, hermano de

Fotos: Reproducción

De izquierda a derecha: sus familiares marchan de peregrinación, entrada en el monasterio de Winburn, su profesión religiosa, durante la tormenta en el mar, siendo recibida por sus hermanos, cuidando a un enfermo

Ralph Hammann (CC by-sa 4.0)

Walburga y obispo de Eichstätt, que escucharon con admiración el prodigio acontecido durante el viaje.

Cumplía que se iniciara la misión a la cual habían sido llamadas. A Santa Tecla y a Santa Leoba les cupo el gobierno de monasterios en otras partes de Alemania, mientras que Walburga permaneció en la comunidad recién fundada en Heidenheim, donde existían casas separadas para las ramas masculina y femenina. Allí su otro hermano, San Winebaldo, era el abad de los monjes, y ella sería la superiora de las religiosas. Era el año 752.

La evangelización de Heidenheim supuso mucho trabajo. Los nativos veían con desconfianza a ese nuevo ejército de hombres que, con hacha en mano, talaban árboles a los que consideraban sagrados. No obstante, tan pronto como percibieron los beneficios que aportaban las enseñanzas y las técnicas agrícolas de los religiosos, acabaron teniéndoles verdadera admiración. Poco a poco, los monasterios se fueron llenando de germanos convertidos, y los nobles de la región, en apoyo a la labor de estos siervos de Dios, les proporcionaron más y más tierras.

En torno al año 761, Winebaldo, ya debilitado por la edad y por la enfermedad, entregó su alma a Dios. Con su fallecimiento, los monjes se quedaron sin abad. Así pues, el obispo Willibaldo nombró a Walburga superiora también de los religiosos.

Bondad materna y maestra eximia

Walburga vivió aún dieciséis años después de la muerte de su amado hermano. Si el cuidado de las religiosas ya le había hecho digna del afecto de sus subalternas por la dedicación, la ternura y el espíritu de sacrificio que mostraba, la dirección de los religiosos no hizo más que acrisolar su santidad. Era considerada una madre por todos.

San Willibaldo y Santa Walburga, de Lucas Cranach el Viejo - Neue Residenz, Bamberg (Alemania)

Junto a sus hermanos, Santa Walburga se dedicaría a la evangelización de Heidenheim y a la conversión del pueblo germánico

Pocos datos bibliográficos nos han llegado de esos años, pero algunos milagros que realizó datan de esa época.

En una ocasión, ya avanzada la noche, se dirigió a la casa de un importante noble de la región, cuya hija pequeña agonizaba. La abadesa permaneció a distancia de la entrada de la residencia, envuelta en sombras, sin identificarse. El noble era cazador y tenía feroces perros que, hambrientos, amenazaban a la misteriosa visitante. Temiendo que le ocurriera algo, le preguntó en voz alta quién era y qué quería. Recibió como respuesta que no debía tener miedo, porque los perros no tocarían a Walburga. Aquel que la había traído sana y salva hasta allí, la llevaría de vuelta a casa.

Al escuchar el nombre de la abadesa, el noble sintió reavivarse su esperanza con respecto a su hija y la invitó a entrar. Walburga se arrodilló y permaneció en oración junto al lecho de la niña en agonía durante toda la noche. A la mañana siguiente, la muchacha despertó enteramente bien dispuesta. Dios le había devuelto la salud, gracias a la intercesión de la religiosa. Llena de gratitud y asombrada por ese gran milagro, la familia le ofreció valiosos regalos, los cuales rechazó, y regresó a pie al monasterio.

Finalmente, habiendo sido una madre y una hermana en la fe para todos sus subordinados, sobre los que ejerció suave autoridad, entró en la morada celestial alrededor del año 777. San Willibaldo enterró su cuerpo en el propio monasterio, junto al de Winebaldo.

Sorpresa al trasladar sus reliquias

Aproximadamente sesenta años después de su muerte, el monasterio de Heidenheim estaba muy deteriorado y necesitaba reparaciones. Otgar, por entonces obispo de Eichstätt, decidió emprender una reforma. Durante los trabajos, no obstante, la sepultura donde yacía el cuerpo de la abadesa fue pisoteada y profanada, por falta de cuidado de los obreros.

Esa misma noche, se le apareció en una visión al prelado y le preguntó severamente por qué había sido deshonrada su tumba. «Ten por seguro que recibirás una señal de que no has actuado bien conmigo, ni con la casa de Dios»,[2] le advirtió.

Al amanecer, un monje de Heidenheim llevó la noticia de que una parte del techo restaurado se había

derrumbado. Al ver que la amenaza se había cumplido, el obispo reunió al clero local, se dirigió a la sepultura de la santa y allí realizó una ceremonia de reparación. Después trasladó en solemne procesión, al toque de campanas y el son de cantos, las reliquias de Walburga a Eichstätt, ciudad de Baviera donde reposan hasta hoy.

Al tratar los huesos de la preclara abadesa, se llevaron una enorme sorpresa: estaban humedecidos por un perfumado y purísimo aceite. Los sacerdotes recogieron una pequeña porción del precioso líquido y decidieron llevarlo en procesión hasta la ciudad de Monheim, donde había un monasterio. A partir de entonces, los milagros se sucedieron. Ya durante el trayecto, un niño epiléptico se acercó a las andas que llevaban el aceite y se curó. Un dulce y agradabilísimo olor emanó inmediatamente, demostrando la autenticidad sobrenatural de lo sucedido.

En Eichstätt, el monasterio que recibió sus reliquias pasó a llamarse abadía de Santa Walburga, convirtiéndose en un lugar de frecuentes peregrinaciones. En el 870, el papa Adriano II la canonizó solemnemente.

El aceite de Santa Walburga

Desde el día en que los restos mortales de la abadesa fueron trasladados al monasterio de Eichstätt, el denominado *aceite de Santa Walburga* exuda de ellos en períodos regulares, normalmente en la fiesta de San Marcos y en la conmemoración del traslado de su cuerpo, el 25 de febrero. Pequeñas gotas del milagroso líquido brotan de un orificio hecho en la tumba para canalizar su destilación, que se recogen en un frasco de plata y después se distribuyen entre los fieles.

También hay relatos de que si es usado por alguien con irreverencia o tratado irrespetuosamente, el aceite se evapora. Además, cuando no se coloca ningún recipiente de inmediato a fin de recoger el líquido, las gotas permanecen colgando, como las uvas en un racimo o la miel en un panal, negándose a escurrir.

Pero los prodigios no se restringieron a los años posteriores a la muerte de Santa Walburga y al traslado de su cuerpo. Se cuenta que en el siglo XIX, después de haber usado con fe y devoción el santo aceite, un habitante de Eichstätt, llamado Müller, recuperó la vista que había estado a punto de perder. Lleno de gratitud, tras su curación el hombre no permitía que ningún ciego pasara por su puerta sin que fuera favorecido con alguna limosna.

Todavía hoy reluce por el brillo de sus virtudes

Tal vez uno de los más bellos aspectos de la Iglesia sea la variedad de santos, como afirma San Pablo: «Él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelistas, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo» (Ef 4, 11-12).

Desde la clausura de un monasterio, Santa Walburga fue capaz de marcar la Historia de la Iglesia, adornando con nobles virtudes la vida religiosa, atrayendo a las almas a la santidad y contribuyendo a arrancar del paganismo y de la barbarie al pueblo germánico. Su vida, transcurrida quizá en aparente normalidad, fue ciertamente seguida con atención por María Santísima y por los ángeles. Cada acto de correspondencia a la gracia significaba un avance de la Iglesia en la victoria contra el mal en aquellas tierras y un nuevo esplendor para la civilización que allí germinaría. Y aún hoy, la santa abadesa continúa asistiendo, auxiliando y curando a quien a ella recurre con fe y devoción.

De esta forma, Santa Walburga nos enseña que para alcanzar la santidad no son necesarias grandes hazañas, sino una entera conformidad con la voluntad divina. Pidámosle que interceda por nosotros ante la Virgen y el trono de la Santísima Trinidad para que cumplamos plenamente la vocación a la cual hemos sido llamados. ✧

---

[1] SAN JOHN HENRY NEWMAN. *The Family of St. Richard, the Saxon*. London: Gilbert and Rivington, 1844, p. 82.

[2] Ídem, pp. 90-91.

Desde la clausura del monasterio, marcó la Historia, adornando con sus virtudes la vida religiosa y atrayendo a las almas a la santidad

Joachim Schäfer (CC by-sa 4.0)

Sepulcro de Santa Walburga en el monasterio de Heidenheim (Alemania)

Santa incluso en el exilio, inmortal a pesar del cisma

Han pasado dos mil años desde la fundación de la Iglesia. En este ínterin, ha sido objeto de incesantes ataques del poder de las tinieblas y, no obstante, permanece en pie. ¿Cabría lugar todavía para dudar de su inmortalidad?

Marcus Shing Yum Yip

Cuentan respecto del cardenal Ercole Consalvi que, conversando con un adversario de la religión católica, le habría preguntado en tono jocoso: «¿Cómo piensas que puedes destruir la Iglesia si ni siquiera nosotros, los cardenales, lo hemos conseguido?».

Verídica o no, la frase encierra un significado profundo. Dos mil años han transcurrido desde que Nuestro Señor Jesucristo fundó la Iglesia. En este ínterin, ha sido víctima no sólo de incesantes ataques de los enemigos externos, sino también de la flaqueza espiritual —cuando no, con todo respeto, del desenfreno moral o de la venalidad— de su elemento humano y, no obstante, permanece inquebrantable.

Quizá el mayor testimonio de su inmortalidad y su carácter divino no consista en el hecho de haber sobrevivido a las persecuciones romanas, a las invasiones bárbaras o a las guerras de religión… sino a las defecciones de sus propios miembros. Basta abrir cualquier libro de Historia Eclesiástica para persuadirse profundamente de ello; los ejemplos abundan en todas las épocas y lugares. Por brevedad, elijamos tan sólo uno de ellos, ocurrido a mediados del siglo XIV. La tragedia comenzó en Francia…

¿Adiós a Roma?

En la apertura del segundo milenio de la era cristiana, serias desavenencias entre el poder religioso y el civil se habían acentuado. La cuestión de las investiduras generó una disputa sobre cuáles eran los límites de jurisdicción entre uno y otro, querella que creció hasta alcanzar proporciones clamorosas. Éstas desembocaron en acontecimientos como el del 7 de septiembre de 1303, fecha en la que el rey de Francia —Felipe el Hermoso— envió tropas para amenazar al papa Bonifacio VIII, llegando uno de los soldados a abofetearle la cara, episodio que se conoció como el atentado de Anagni.

No mucho tiempo después el nuevo Papa, Clemente V, consideró que era su deber remediar la disensión haciendo dos serias concesiones: se coronó en Lyon y nombró nueve cardenales, todos franceses. Además, se instaló —al menos temporalmente— en Aviñón, mientras no se solucionaban las desavenencias con los Capetos. Pero el pontífice duró menos que su residencia provisional, y la etapa que inauguró parecía que había llegado para quedarse. Comenzaba el exilio de Aviñón.

De los siete Papas de este período —incluido Clemente V—, todos

En medio de tantas disensiones, el pontífice se trasladó a Aviñón, donde permaneció en el exilio

Palacio de los Papas – Aviñón (Francia)

Jean-Marc Rosier (CC by-sa 3.0)

Sumario

Fotos: Reproducción

La cristiandad estaba dividida de arriba abajo: había comenzado el Gran Cisma de Occidente

A la izquierda, el antipapa Clemente VII - Palacio de los Papas, Aviñón (Francia); en el centro, el papa Urbano VI - Basílica de San Pablo Extramuros, Roma; a la derecha, el antipapa Alejandro V

fueron franceses… Ninguno de ellos renunció por completo a la idea de regresar a Roma, pero la situación en la capital del mundo cristiano no les animaba a hacerlo.

¿Estaría seguro el papado en la península itálica? Allí, las discrepancias políticas iban en aumento y dentro de las ciudades los partidos se peleaban entre sí. En medio de la tensión general, quizá un único sentimiento unía a los italianos: la aversión a la dominación extranjera. Ahora bien, no solamente los Papas de Aviñón tenían la nacionalidad francesa, ¡sino también casi todo el Sacro Colegio! Por otra parte, no parecía que el Papa pudiera encontrar sosiego en Francia, ya que se avecinaba un conflicto con los ingleses, inicio de una guerra de cien años…

¡El Papa tiene que volver a Roma!

En esta difícil situación, la voz de Dios no dejó de sonar a través de sus elegidos.

Santa Brígida de Suecia contó que había oído al propio Jesucristo, nuestro Señor, condenar la codicia, el orgullo y el libertinaje de la corte de los Papas franceses, ¡y acusarlos de poblar el infierno! Hallándose con Urbano V —el sexto Papa en el exilio— durante una estancia en Roma, le imploró que permaneciera en la Ciudad Eterna; sin embargo, no lo logró.

Sólo Santa Catalina de Siena fue la que, después de numerosas dificultades, finalmente convenció a Gregorio IX para que retornara la sede papal al lugar que le correspondía.

Un Papa en Roma y otro en Aviñón… ¿un fracaso?

Gracias a Dios, en 1377 el Santo Padre se encontraba ya en Roma, aunque… fallecería al año siguiente. Compleja se les presentaba esta coyuntura a los cardenales, pues la agitación popular presionaba al cónclave para que designara a un Papa romano. Fue elegido Bartolomeo Prignano, no romano, pero italiano, quien adoptó el nombre de Urbano VI.

Todo parecía prometer la paz. Sin embargo, reformas imprudentes, sumadas al carácter rudo y colérico del sumo pontífice, despertaron la antipatía de los purpurados. En vano se lo advirtió Santa Catalina, rogándole mayor templanza. Cinco meses después, trece cardenales franceses alegaron que habían votado inválidamente bajo coacción y eligieron un antipapa, Clemente VII, que regresó a Aviñón.

Había comenzado el Gran Cisma de Occidente, la escisión más tremenda que el mundo católico había conocido hasta ese momento; caótica situación, generada por un enmarañado de intereses humanos, que duraría cuarenta años.

¿Se habría equivocado Catalina? ¿No se encontraba la Iglesia en mejores condiciones antes, en el exilio, pero con una cabeza, que ahora con dos? Era el camino del aparente fracaso lo que Dios le estaba pidiendo. Aunque no sólo a ella. En efecto, de tal forma se revelaban las infidelidades de aquella época que, para castigo de los hombres, hasta entre los santos la Providencia permitió divergencia de opiniones.

Con los Papas romanos, Santa Catalina de Siena, Santa Catalina de Suecia, el Beato Pedro de Aragón; con los papas aviñonenses, San Vicente Ferrer, Santa Coleta, el Beato Pedro de Luxemburgo. La muerte de ambos «papas» tampoco resolvió la controversia, pues cada partido eligió a su respectivo sucesor. Tres décadas de tentativas armonizadoras mostraron ser inútiles. La cristiandad se hallaba dividida de arriba abajo. ¿Cómo acabar con esa pesadilla?

Peor que dos papas

En 1409, veinticuatro cardenales —catorce de Roma y diez de Aviñón— decidieron actuar. Celebraron un concilio en Pisa, condenaron a los dos pontífices y eligieron al griego Pietro Philarghi, cardenal de Milán, que adoptó el nombre de Alejandro V. Ahora bien, aquella asamblea era completamente inválida, porque no había sido convocada por un Papa… Lejos de remediar el problema, lo agravaba: todos los pontífices —como si se pudiera

hablar de más de uno a la vez, al menos en aquella época— se negaban a abdicar y ya no había dos, ¡sino tres pretendientes al solio petrino! Gregorio XII en Roma, Benedicto XIII en Aviñón y Alejandro V en Pisa.

A finales de 1414, el sucesor de la «sede de Pisa», el antipapa Juan XXIII, convocó un concilio en Constanza con el fin de resolver definitivamente la cuestión. No obstante, ese acto también era ilegítimo. ¿Qué esperar de allí? ¿Un cuarto pontífice?

Saiko(CC by-sa 3.0)

La santidad creciente de la Iglesia se constata en los hombres y mujeres que corresponden heroicamente a la gracia

Detalle del retablo de Fiesole, de Fra Angélico - Galería Nacional, Londres

En este callejón sin salida, Dios suscitó un hombre providencia al lado del verdadero Papa, Gregorio XII, a fin de terminar con el cisma: el Beato Juan Dominici, de la Orden de Predicadores. Auxiliado en gran medida por una serie de situaciones que un ateo llamaría «coincidencias», pero cuya causa un hombre de fe bien sabe vislumbrar, logró zanjar el problema.

Juan XXIII, presionado por todas partes, finalmente renunció. En cuanto a Benedicto XIII, su obstinación casi insana lo había desprestigiado tanto que lo había situado «fuera del juego»; acabó siendo depuesto en 1417.

Quedaba Gregorio XII, el Papa legítimo. Sin embargo, la situación interna de la Iglesia no le permitía continuar en el poder. Era necesario que también renunciara, para que la maniobra fuera aceptada por toda la cristiandad. ¿Cómo hacerlo en un concilio como el de Constanza, que era inválido porque había sido convocado por un antipapa? Tal acto justificaría las tesis conciliares, contrarias a la verdadera Tradición. Entonces entró en escena la habilidad diplomática del cardenal Dominici, quien tenía en sus manos un documento de Gregorio XII que reconvocaba el concilio —por tanto, oficializándolo—, y otro en el que declaraba su renuncia como pontífice, poniendo término al Gran Cisma sin perjuicio para la autoridad del Vicario de Cristo.[1]

Finalmente, la Iglesia Católica Apostólica y aún Romana —por increíble que parezca— volvió a tener un solo Papa, Martín V. La escisión había terminado, pese a que no se podía decir que la paz en la Iglesia se hubiera logrado del todo. El Renacimiento iba viento en popa y la barca del Pescador atravesaría nuevas tormentas… pero la Santa Sede ya no saldría nunca de Roma.

De hecho, ¡la Iglesia es indestructible!

¿Sólo indestructible?

¿Tal afirmación no parece una conclusión lógica de la narración de los acontecimientos que acabamos de recordar? Sí, lógica; pero insuficiente. No estaría de acuerdo con la grandeza del Señor concederle la inmortalidad a su Cuerpo Místico, únicamente para que se tambaleara como un moribundo hasta el final de los tiempos. Ser inmortal no bastaba, hacía falta algo más.

En nuestra profesión de fe proclamamos: «Creo en el Espíritu Santo, en la *Santa* Iglesia Católica». Y así lo predicaba San Pablo: «Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, […] y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada» (Ef 5, 25-27).

La Iglesia Católica es santa por la íntima unión que posee con Jesucristo, su esposo, su cabeza, su salvador (cf. 1 Cor 12, 27; Ef 1, 22-23; 5, 23-32); santa porque recibió de Él el mandato de continuar su misión salvífica (cf. Jn 3, 17; 17, 18);[2] santa… por sus miembros: ¡he aquí la polémica cuestión! No obstante, esto constituye una certeza teológica.

Al ser el Espíritu Santo como el alma de la Iglesia, Él la santifica indefinidamente, proveyéndola siempre de nuevos carismas y rejuveneciéndola, hasta conducirla a la perfecta unión con Cristo.[3] Ahora bien, esta santidad creciente sólo puede constatarse en los hombres y mujeres que correspondieron heroicamente a la gracia. Su fidelidad es la que pesa en la balanza, el resto no vale nada. ¿Podemos considerar malo a un manzano porque encontremos bajo sus ramas algunas manzanas podridas? Juzguemos, pues, al árbol, no por los elementos enfermos que dejaron de nutrirse con la savia divina del Paráclito, sino por los frutos sanos.

¿Por qué Dios permite estos desastres?

Aun así, la perplejidad continúa: ¿Por qué permite Dios que la Santa

Iglesia atraviese situaciones en las que se ve azotada por una vorágine de sucesivas catástrofes y de las que parece que no se recuperará?

Ante todo, no seamos injustos al atribuirle sólo al Creador una responsabilidad que nos corresponde principalmente a nosotros los hombres. En efecto, la misericordia divina ha querido premiarnos con el maravilloso don del libre albedrío, mediante el cual somos capaces de adquirir el mérito necesario para ir al Cielo. Ahora bien, o la libertad es completa, o no existe; si nuestra capacidad de elección se limitara nada más que a determinadas acciones, jamás podríamos decir que somos realmente libres. Sin embargo, si hacemos mal uso de ese privilegio que se nos ha concedido, la culpa es nuestra, no de Él.

Además, la existencia del mal en la Iglesia parece, en cierto modo, tan explicable como su existencia en el mundo. ¿Por qué el Señor, tan bueno, no elimina toda imperfección de la faz de la tierra? Santo Tomás de Aquino nos lo responde: «Dios ni quiere hacer el mal ni quiere no hacer el mal; pero sí quiere permitir hacer el mal. Y esto es bueno».[4] En otras palabras, la Providencia tiene misteriosos designios que sobrepasan nuestro entendimiento, pero son necesariamente buenos, porque provienen de la Suma Bondad. Quizá sólo en el Juicio final, como explica el catecismo,[5] conoceremos plenamente los caminos por donde, incluso a través de los dramas del mal y del pecado, habrá llevado Dios el mundo al descanso definitivo, en vista del cual creó el Cielo y la tierra.

Así, pasada la tormenta es cuando la Iglesia se ve purificada de todo lo que en ella no debería existir, quedando sólo lo bueno, bello y verdadero, para seguir conduciendo y guiando en paz a las civilizaciones.

¿No nos narran los Evangelios que el primer Papa negó tres veces al divino Maestro? El propio Jesús había rezado por él —y en él por todos los Papas— poco antes: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague» (Lc 22, 31-32). Después de la caída, ¡la contrición de San Pedro le trajo una gloria aún mayor!

Del mismo modo, a pesar de todo, la Iglesia permanecerá inmaculada hasta el fin de los tiempos. Por peores que sean las borrascas que la nave de Pedro tendrá que atravesar, nunca podrá borrarse en nuestro espíritu esta certeza: «A los que aman a Dios todo les sirve para el bien; a los cuales ha llamado conforme a su designio» (Rom 8, 28). ✧

Reproducción

Por peor que sea la borrasca que atraviese la nave de Pedro, la Iglesia permanecerá siempre inmaculada

«Cristo salva de las aguas a San Pedro», de Lorenzo Veneziano – Museos Estatales de Berlín

[1] Para más detalles acerca del papel del Beato Juan Dominici en el concilio de Constanza, véase el artículo CABALLERO BAZA, EP, Eduardo Miguel. «Un hombre providencial en la solución del Gran Cisma». In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año XV. N.º 167; pp. 16-21.

[2] Cf. LEÓN XIII. *Satis cognitum*, n.º 7; 22: ASS 28 (1895-1896), 712; 723.

[3] Cf. CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 4.

[4] SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 19, a. 9, ad 3. En el cuerpo de esta misma cuestión, el Doctor Angélico deja bien claro que Dios no quiere «de ninguna manera» el mal de la culpa, es decir, el pecado. Sin embargo, sigue siendo verdad que Él lo permite.

[5] Cf. CCE 314.

Las cartas de una virgen sabia y prudente

En su amor apasionado por la Santa Iglesia, no temió en dirigirse a príncipes, gobernantes y clérigos de todo el escalafón, a fin de cumplir la misión que había recibido del Señor.

Ángela María Tomé

Desde hace algunas décadas, el milenario hábito de redactar cartas se ha ido evaporando. Desde la más remota Antigüedad, escritos en papiros o pergaminos e incluso en tablas de arcilla o de piedra, estos instrumentos de comunicación siempre reflejaron las costumbres, la educación, la mentalidad de los pueblos. Las vetustas estelas de piedra, lápidas en las que se escribían mensajes en el antiguo Egipto, nos traerían hoy no pequeños problemas… ¿Qué grosor tendría cada hoja? ¿Dónde las almacenaríamos? ¿Cómo las recogeríamos? ¿Y el cartero? ¿Llevaría sólo una de cada vez? ¿Habría algún vehículo especial para transportar su maletín?

Jamás estos dedicados mensajeros imaginarían que algún día su honrada tarea sería sustituida por tan eficaces como penosos cables de fibra óptica o señales satelitales. Cómo la vida humana, en este siglo XXI, está perdiendo sabor, ¿no? ¿Dónde quedaron los lacres con monogramas, los sellos, los papeles satinados y perfumados o esos más serios, con líneas casi invisibles, en los que una bella caligrafía registraba las vicisitudes de la vida, las añoranzas de una persona ausente, los negocios a realizar, las novedades que llenan de alegría —o de tristeza— nuestra existencia? Se han ido. El tifón de la cibernética se los ha llevado. Y con ellos, cuánto de la historia de nuestros días cenicientos va desapareciendo.

Por eso la lectura de ciertos epistolarios nos causa especial atracción, más aún cuando su contenido revela la santidad del remitente, su misión específica en esta tierra y las personas con las que ha debatido para cumplirla y así glorificar a Dios, al mismo tiempo que arrastraba a otros a asumir también la seriedad de su papel en el gran mosaico de la historia de las almas.

Éste es el caso de las cartas de Santa Catalina de Siena. Esta singular dama, la vigésimo cuarta de los veinticinco hijos de Giacomo di Benincasa y Lapa dei Piagenti, nace en 1347, en la ciudad de Siena, Italia, su epónimo. Su vida mística comienza a los 6 años, con una visión de Nuestro Señor Jesucristo, flanqueado por los apóstoles Pedro, Pablo y Juan. A los 7 años hace secretamente voto de virginidad, lo cual la sustentará más tarde cuando sus padres querrán encaminarla al matrimonio. En esta ocasión, ante las evasivas de Catalina y la insistencia de su familia en presentarle pretendientes, ella se corta sus largos cabellos y se pone el velo de consagrada. Como castigo, su madre la pone al cargo de todas las tareas domésticas, lo que para la santa es una circunstancia más para practicar la vida ascética que se había

Gustavo Kralj

Nos causa especial atracción la lectura de ciertos epistolarios, sobre todo cuando el contenido revela la santidad del remitente y su misión en esta tierra

propuesto. Para este fin, su padre se le figuraba como Nuestro Señor Jesucristo, y su madre, Nuestra Señora.

Finalmente, su progenitor recibe una señal milagrosa y consiente que su hija lleve la vida de penitencia que desea. Más tarde —en torno a los 15 o 16 años— ingresa en la Tercera Orden de Santo Domingo, o Milicia de Jesucristo, como la llamó su fundador. Las *mantellate*, así conocidas por cubrirse con un manto negro sobre sus vestidos blancos, eran viudas o laicas que vivían en sus propias casas y se dedicaban a obras de caridad.

En este período, la existencia de Catalina se dividía entre austeros sacrificios corporales y espirituales, y grandes gracias místicas, entre ellas el desposorio con Nuestro Señor Jesucristo: «Yo, tu Creador y Salvador, te desposo en la fe. Mantendré inmaculada esta fe, hasta que vengas conmigo al Cielo a celebrar las nupcias eternas».[1] Como prenda de la promesa ella recibe también la gracia de, durante un cierto tiempo, mantenerse físicamente tan sólo con la eucaristía. Además, sufre una «muerte mística», de la cual regresa a la vida para llevar a cabo una nueva misión en pro de la salvación de los hombres.

A través de una actividad epistolar abundante y productiva, Catalina emprendió una importante incumbencia recibida del Señor

Santa Catalina de Siena, de Sano di Pietro - Museo Bonnefanten, Maastricht (Países Bajos)

Las cartas

Hacía algunos años que Santa Catalina frecuentaba la Cofradía de los Discípulos de la Virgen María, formada por devotos que se reunían en el Hospital Santa María della Scala, donde ella brindaba asistencia a los enfermos. Esta cofradía estaba abierta a quien quisiera participar y se les daba la palabra a todos.

En poco tiempo, los carismas de Catalina se revelan en esas reuniones, convirtiéndola en una especie de directora espiritual de los cofrades. Su fama de santidad se va imponiendo y se transforma en autoridad junto con algunos de los asiduos, los cuales, movidos por la gracia, se hacen discípulos suyos. Esta elevada amistad, toda ella espiritual, se revestía de intensa caridad hasta el punto de empezar a llamarla *mamma*, aunque en ese momento tuviera únicamente 24 años.

Después de su «resurrección mística», inflamada de amor divino, Catalina emprende la nueva incumbencia recibida del Señor, a través de una actividad epistolar abundante y productiva. Sus cartas —¡más de trescientas ochenta han llegado hasta nosotros!— giran en torno a tres temas: el regreso del papado a Roma; el incentivo de una cruzada para la recuperación de los Santos Lugares; y, por fin, una necesaria reforma de la Iglesia.

Causa entusiasmo ver el papel profético de esta mujer, cuyas vistas y preocupaciones se vuelcan hacia un panorama mucho más elevado que el común de las damas de aquella época. Amó tan apasionadamente a la Santa Iglesia que no temió dirigirse a príncipes, gobernantes y clérigos de todo el escalafón, como cardenales y Papas. Al final de sus días dirá: «Di mi vida por la Santa Iglesia, y esto lo creo por una gracia excepcional que el Señor me ha concedido».[2]

A dos Papas, un abad, dos clérigos…

Al iniciar las misivas, la santa presenta siempre sus credenciales y declara el objetivo que tiene en mente, como en esta que dirige al papa Gregorio XI, por entonces en el exilio: «En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María. Reverendísimo y muy querido padre, a vos escribe en la preciosa sangre de Cristo vuestra indigna, mísera y miserable hija Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, deseosa de veros como árbol fecundo, cargado de dulces y sabrosos frutos, plantado en tierra fértil, es decir, en el suelo del autoconocimiento, pues en caso contrario no daría fruto».[3]

Los mensajes contenidos en sus cartas son, casi siempre, extremadamente severos y revelan una reflexión previa muy ponderada y completa. Cuando se da el caso, sus argumentos están llenos de compasión, pero nunca ocultan el rostro de la sana doctrina. Usándola como una afilada lanza que pone contra la pared a cualquiera que la lea, le ofrece, al mismo tiempo, su afecto y sus respetos al destinatario, si éste da oídos a sus consejos.

«En el egoísta que se ama a sí mismo está viva la perversa soberbia, principio y fuente de todo mal en cualquier situación en la que se encuentre, sea prelado, sea súbdito. Tal persona actúa como una mujer que da a luz hijos muertos. Exactamente así, porque, no poseyendo la vida que procede de la caridad, solamente procura su propia alabanza y no la gloria de Dios».[4] Continúa la misma misiva a Gregorio XI, reprochándole al pas-

tor o al médico que, ante el error de su rebaño, usa simplemente ungüento, porque de esta forma no se compromete, no hace sufrir al enfermo y no tiene molestias. Y le advierte: «A esas personas hasta les gustaría hacer algo, pero en la paz; afirmo que así usan de la mayor crueldad posible. De hecho, si una llaga necesita ser quemada con fuego y cortada a cuchillo, pero en ella solamente se usa ungüento, esa llaga no sólo deja de recuperar la salud, sino que se pudre por completo y a menudo la persona muere».[5]

Esta censura hecha a un Papa bien podría resumir la vocación de denuncia profética de la santa sienesa: «Mi venerable padre, por la bondad de Dios espero que borréis de vos este mal; que no améis a vuestra persona, ni al prójimo ni a Dios a causa de vos mismo, sino a causa de Dios, que es la suprema y eterna Bondad, y digno de ser amado. […] Padre mío, dulce Cristo en la tierra, imitad al bondadoso Gregorio (Magno), pues os es posible a vos como lo fue para él».[6]

Santa Catalina se expresa con entera seguridad, como imponiendo su voluntad, de modo a dejar notar las palabras del Espíritu Santo en su pluma: «Es lo que quiero ver en vos. Si por casualidad hasta ahora no habéis sido bastante firme, quiero y pido que se aproveche con fortaleza el tiempo restante, como hombre decidido, en la imitación de Cristo, de quien sois su representante […]. Id adelante. Realizad con empeño esforzado y santo el proyecto que comenzasteis, el de la santa cruzada. […] Levantad el estandarte de la santa cruz, porque en su perfume encontraréis la paz».[7]

En una carta a Gerardo de Puy, abad de Marmoutier, escrita en vísperas del Gran Cisma de Occidente (1377-1417), leemos: «¡Ay, ay! Por la falta de corrección es por la que los miembros de la Iglesia se pudren. De modo especial, Cristo mira los nefastos vicios de la impureza, de la avaricia y del orgullo, reinantes en la Esposa de Cristo. Hablo de los prelados, que sólo se preocupan por los placeres, posiciones sociales y riqueza. Tales prelados perciben que los demonios arrebatan las almas de sus súbditos, pero de eso no se ocupan. Se vuelven lobos y mercaderes de la gracia. Sería preciso que hubiera una fuerte justicia para corregirlos. La exagerada condescendencia es una crueldad enorme. Habría que corregir con justicia y misericordia».[8]

Reproducción

Sus cartas son, casi siempre, extremadamente severas y revelan una reflexión previa muy ponderada

«Santa Catalina ante el papa Gregorio XI», de Blasco de Grañén - Fundación Barnes, Filadelfia (Estados Unidos)

No menos fuerte es su lenguaje al dirigirse a Urbano VI: «Si digo cosas que parezcan exageradas y muestren presunción, que el dolor y el amor me perdonen ante Dios y ante vuestra santidad. Para cualquier parte que mire, no encuentro donde descansar la cabeza. […] Pero sobre todo en nuestra ciudad. El templo de Dios, que es lugar de oración, ha sido usado como cueva de ladrones. Es asombroso que la tierra no los haya tragado. Todo esto es por culpa de los pastores, que no han corregido los vicios mediante la palabra y el ejemplo de vida».[9]

En una expansión de alma, le cuenta al mismo Papa un éxtasis místico por el cual había pasado: «Mi lengua es incapaz de referir tantos misterios, ni decir lo que la inteligencia ha visto y la voluntad ha percibido. […] Entendí lo que tenía que hacer, es decir, ofrecerme en sacrificio por la Santa Iglesia, para alejar la maldad y la negligencia de aquellos que Dios había puesto en mis manos. […] Los demonios golpeaban mi cuerpo, pero el deseo aumentó y grité: "Oh Dios eterno, recibe el sacrificio de mi vida por la jerarquía de la Santa Iglesia. No sé darte sino aquello que me diste. Saca mi corazón y apriétalo sobre el rostro de la Esposa"».[10]

A dos clérigos que se habían distanciado el uno del otro, Catalina les pide que se reconcilien en estos términos: «Sed vosotros mismos los intermediarios entre vosotros y Dios, entre la sensualidad y la razón, expulsando el odio (por el prójimo) con el odio (por sí mismo) y el amor (por sí mismo) con el amor (por el prójimo). […] Odiad el odio al prójimo. […] Desde ahora el hombre puede saborear la vida eterna, conviviendo con Dios en diálogo de amor. ¿No es gran ceguera, acaso, ser merecedor del infierno, viviendo con los demonios en el odio y en el rencor? […] Parece que personas así no quieren esperar la sentencia del supremo Juez de ir a la compañía de los demonios. Ellas mismas ya han pronunciado la sentencia. Antes de que el alma deje el cuerpo, durante esta vida, corren como el viento hacia la perdición eterna. Van despreocupados, como locos, delirando…».[11]

La finalización de las cartas

«Hija mía, ten cuidado con los elogios de los hombres. Nunca busques ser elogiada por alguna buena acción que hayas hecho. La puerta de la eternidad no se te abriría. Y porque considero excelente ese camino (el de la vida consagrada), dije antes que deseaba verte fiel esposa de Cristo crucificado. Te pido y te suplico que te esfuerces en serlo. No añado nada más. Permanece en el santo y dulce amor de Dios. Jesús dulce, Jesús amor».[12]

A su sobrina Nanna le dirige Santa Catalina estas palabras, llenas de afecto, finalizando así un bellísimo comentario sobre la parábola de las diez vírgenes, del Evangelio de San Mateo. Muchos años después de su muerte, la Iglesia eligió para la antífona de entrada de la misa en su memoria esas mismas palabras: «Ésta es una virgen sabia y una del número de las prudentes, que salió a recibir a Cristo con la lámpara encendida»,[13] talvez refiriéndose a la inspirada carta que le envió a Nanna.

Los cierres de las cartas de esta gran mística son siempre los mismos: «¡Permaneced en el santo y dulce amor de Dios. Jesús dulce, Jesús amor!».

¿Virgen prudente?

Al leer el excepcional epistolario de Santa Catalina de Siena, nos preguntamos si esta privilegiada alma no habría sido imprudente. Y nos acordamos de la descripción de la virtud de la prudencia dada por el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira:

«[La prudencia] contiene cuatro aspectos. El primero es extrínseco a ella, pero es su razón de ser: metas bien definidas. Los otros tres elementos componentes son, ante todo, la observación meticulosa, minuciosa y atentísima de la realidad, en sus menores pliegues, para después estudiar las tácticas a ser adoptadas; el segundo es una gran cautela —lo que no significa miedo, sino pericia y, a veces, maña— y el tercero es la habilidad. Entendí que la prudencia era el camino para todas las victorias, pues es el adorno del coraje, como éste es el ornato de ella. El arrojo canta mientras la prudencia susurra. […]

»Ella pronuncia palabras de amistad y de cautela, que silban como flechas. La mirada de la prudencia recorre los espacios y hace una lista de los peligros y de los enemigos. […] ¿Cómo descubrir los puntos en que la conciencia permite retroceder y aquellos donde la prudencia permite avanzar? "Avance, retroceda, contemporice. Entre en escena cuando deba. Salga de escena cuando sea preciso. Mida bien sus palabras, para que cada una de ellas sea una pasarela segura, sobre la cual el arrojo tiene que pasar, guiado por el ángel de la prudencia!". ¡Ay, de la prudencia sin arrojo! Es frustración. ¡Ay, del arrojo sin prudencia! Es una catástrofe. El arrojo templado con la prudencia y la prudencia templado con el arrojo forman una combinación perfecta, cuyo laurel final es la victoria».[14]

¿No es verdad que estos comentarios encajan como un guante en la contemplación de las cartas tan arrojadas como prudentes de Santa Catalina?

Y concluimos esta reflexión preguntándonos: ¿qué les escribiría esta gran santa a los eminentes personajes eclesiásticos y civiles de nuestros días, pero también a cada uno de los que están leyendo este artículo?

¡No es difícil imaginarlo! ✧

«Entendí lo que tenía que hacer, es decir, ofrecerme en sacrificio por la Santa Iglesia»

Santa Catalina de Siena - Real Monasterio de Santo Domingo, Caleruega (España)

[1] BEATO RAIMUNDO DE CAPUA. *Santa Caterina da Siena. Legenda maior*. 5.ª ed. Siena: Cantagalli, 2005, pp. 116-117.

[2] Ídem, p. 319.

[3] SANTA CATALINA DE SIENA. *Carta 185*, n.º 1. Todas las citas literales de las cartas transcritas en este artículo han sido traducidas de la obra: *Cartas completas*. São Paulo: Paulus, 2016.

[4] Ídem, n.º 2.

[5] Ídem, ibídem.

[6] Ídem, n.º 4.

[7] Ídem, n.º 6.

[8] SANTA CATALINA DE SIENA. *Carta 109*, n.º 5.

[9] SANTA CATALINA DE SIENA. *Carta 305*, n.os 5; 7.

[10] SANTA CATALINA DE SIENA. *Carta 371*, n.º 8.

[11] SANTA CATALINA DE SIENA. *Carta 3*, n.os 2; 4.

[12] SANTA CATALINA DE SIENA. *Carta 23*, n.º 5.

[13] MEMORIA DE CATALINA DE SIENA. Antífona de entrada. In: MISAL ROMANO. Texto unificado en lengua española. Edición típica aprobada por la Conferencia Episcopal Española y confirmada por la Congregación para el Culto Divino. 3.ª ed. Madrid: Libros Litúrgicos, 2016, p. 684.

[14] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Notas Autobiográficas*. São Paulo: Retornarei, 2012, t. III, pp. 90-91.

Reproducción

Un viaje marcado por el dolor

A pesar de su estado, toda su actitud era de firmeza, estabilidad, continuidad y decisión ante el riesgo que le sobrevenía. Ella no cambiaría, sino que avanzaría en línea recta.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Ahí estaba, allende los mares, el Viejo Continente, ejerciendo su atracción sobre todos los amantes de la buena tradición y las elevadas costumbres, que no eran pocos en aquella «São Paulinho» de la *Belle Époque*. Doña Lucilia figuraba entre ellos en esa materia. Sin embargo, su encanto por Europa no fue la única ni la principal razón que motivó su viaje hasta allí en junio de 1912.

Resignación ante las molestias de la enfermedad

Afectada por una dolorosa enfermedad, debido a la formación de cálculos en la vesícula biliar, necesitaba encontrar una solución definitiva para las molestias derivadas de ello.

De vez en cuando la asaltaba un terrible malestar, generalmente presagio de agudos dolores que la obligaban a permanecer recogida. Se manifestaban con progresiva frecuencia, por lo que tuvo que someterse a una dieta severa. Ahora bien, los dolores en la vesícula llegan a ser a menudo exasperantes, y en aquellos tiempos no existían los recursos tan comunes de nuestros días… A pesar de todo, ninguno de sus familiares la vio nunca reaccionar con inconformidad, pues su temperamento estaba moldeado por la resignación.

Cuando las dolencias de esta enfermedad alcanzaron su paroxismo, hubo mucho temor de una crisis que la llevase a la muerte. De hecho, en aquella época no eran raros los casos de fallecimiento causados por esa molestia. Por otro lado, aunque se supiese que, en situaciones extremas, no había más remedio que extirpar la vesícula, la medicina aún no había encontrado un modo de hacerlo sin grave riesgo para la vida del enfermo.

Habiéndose difundido por el mundo entero la noticia del éxito alcanzado en Alemania por el Dr. August Karl Bier, médico particular del káiser, en una extracción de vesícula biliar, la gran estima que los parientes de Dña. Lucilia tenían por ella les llevó a no escatimar esfuerzos para llevarla hasta ese famoso especialista.

Entre los que la acompañarían no sólo figuraban su esposo, el Dr. João Paulo, y sus hijos, sino también sus hermanos, cuñados y sobrinos, pero principalmente su madre, Dña. Gabriela.

Un tren los llevaría a Santos, en donde tomarían un barco hasta el puerto de Río de Janeiro, para embarcar desde allí hacia Europa en un transatlántico alemán, el 11 de junio de 1912.

«Tranquilízate, hijo mío…»

Durante la travesía marítima, un sobrino suyo, sordo de nacimiento, que poseía un difícil temperamento, aceptaba eximiamente el consejo que de varios lados recibía: «Anda a buscar a la tía Lucilia, es la única que sabe calmarte completamente». Era él una de las visitas más asiduas de Dña. Lucilia, quien siempre lo acogía con ternura y paciencia, sin escatimar esfuerzos a fin de solucionar los problemas del niño.

Debido a sus males, además de no saber controlar la voz, era incapaz de medir el efecto de sus palabras al dirigirse a una persona que se encontraba en una situación tan penosa como la de Dña. Lucilia. Le faltaba, por su corta edad, el sentido de las circunstancias y de la oportunidad, lo que explica que le dijese casi a gritos:

—Tía Lucilia, están diciendo que te vas a morir. ¡Yo no quiero que te mueras!

Uno bien puede imaginarse la reacción de cualquier persona ante ese trágico pronóstico: seguramente llanto, desánimo u otras respuestas por

el estilo. Sin embargo, no fue ésa la conducta de Dña. Lucilia. Inmediatamente se compadeció del sufrimiento del niño, y dirigiéndose a él, con semblante sereno y voz llena de dulzura, le dijo:

—Tranquilízate, hijo mío, que no me voy a morir...

En el hospital de la universidad del káiser

Después de navegar, bajo un tórrido clima, por los mares tropicales, el vapor entró en aguas europeas. Sin hacer escala, pasó a lo largo de las costas portuguesas, españolas y francesas, atravesó el agitado canal de la Mancha y penetró en las brumas del mar del Norte. Al final, atracó en el famoso puerto de Hamburgo, ciudad repleta de tradiciones medievales. La familia no pudo quedarse allí por mucho tiempo, debido al estado de Dña. Lucilia. Enseguida cogieron un tren para Berlín, capital del Imperio germánico, que distaba unos 290 km.

A Dña. Lucilia no se le brindó la oportunidad de deleitarse con los variados aspectos de la ciudad, pese a que la observación de los ambientes constituía para ella uno de los rasgos más interesantes de la vida: sus familiares se dirigieron hacia el bellísimo Hotel Fürstenhof, cercano a la estación de Potsdam, y ella, en cambio, tuvo que ir directamente al hospital.

Sería operada, a primeros de julio, en el policlínico de la Real Universidad Federico Guillermo, la niña de los ojos del káiser.

Doña Gabriela y el Dr. João Paulo todos los días, después del desayuno, dejaban a los niños con la institutriz y se dirigían al hospital para hacerle compañía a Dña. Lucilia. En cuanto les era posible, también los demás familiares iban a verla.

Llegó a nuestros oídos el relato de una de esas visitas realizada por su madre, su esposo e hijos. La primera impresión que se llevaron al encontrarla tendida en la cama fue la de ver a una estatua más que a un ser vivo: el cabello suelto, largo y negro, cayendo detrás de la almohada, formaba una cortina; los ojos, absortos en pensamientos, mirando el techo; los brazos extendidos a lo largo del cuerpo.

A pesar de su estado, toda su actitud era de firmeza, estabilidad, continuidad, decisión ante el riesgo que estaba por venir. No cambiaría, sino que avanzaría en línea recta. Era una deliberación serena, imperturbable y suave, como diciendo: «Tiene que ser así y así será; Dios proveerá».

Había una gran expectación con respecto a la intervención quirúrgica, de la que Dña. Lucilia no era ajena. ¿Sería exitosa?

Arriba, el Dr. August Karl Bier, médico que operó a Dña. Lucilia. En la página anterior, esta bondadosa dama en París, en 1912

Tan pronto como se daba cuenta de la presencia de los suyos, procuraba manifestarles el cariño de siempre, pero con un trasfondo de gravedad y tristeza.

Operación exitosa

Con respecto a la intervención quirúrgica, había en toda la familia una gran expectación, de la que la propia Dña. Lucilia no era ajena. Aunque el Dr. Bier fuera un médico famoso, tan sólo había realizado hasta ese momento una única extracción de vesícula, y este tipo de operaciones era una aventura a la que raramente se lanzaba un cirujano. A esto se sumaban los relatos de muertes o, quizá peor, de serias lesiones posoperatorias que dejaban al paciente casi inválido para el resto de su vida. La técnica quirúrgica no había alcanzado aún las mejoras de hoy día, e incluso la anestesia era bastante arriesgada.

¿Cómo transcurriría la intervención quirúrgica de Dña. Lucilia? ¿Saldría bien? El día fijado, después de una mañana llena de incertidumbres, sus familiares recibieron con enorme alivio la noticia de que el Dr. Bier se había coronado de éxito.

Si bien Dña. Lucilia salvara felizmente su vida, aún tendría que soportar sufrimientos que sólo cesarían poco a poco. El posoperatorio fue penoso y complicado, dada la falta de recursos de la medicina de entonces. Los dolores y aflicciones por los cuales pasó durante aquellos días fueron tales que le dejaron huellas para el resto de su vida. En menos de una semana le aparecieron varios mechones blancos en su cabello.

Gracias a su espíritu de resignación encontró una manera de convivir con el dolor. Permanecía siempre acostada, evitando cualquier esfuerzo físico, para no consumir sus últimas resistencias. Su fisonomía denotaba un profundo trauma, como la de alguien que hubiese sufrido un «terremoto» interior. No obstante, cuando sus queridos hijos se acercaban a ella, los recibía con indecible cariño. La sonrisa y el afecto nunca estaban ausentes en aquella maternal intimidad. Constituían para su madre, que tan abatida se encontraba, como ventanas para el día de mañana. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 125-131.

Federico Monzón

Paseo La Galería (Asunción)

Conciertos en alabanza del Niño Jesús

«Gloria a Dios en el Cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 14), cantaron los ángeles al anunciar el nacimiento de Cristo hace dos mil años. En vísperas de la Navidad de 2022, los Heraldos del Evangelio también unieron sus voces a la de los espíritus celestiales para alabar al Niño Jesús. Sin embargo, no lo hicieron solamente ante el pesebre… En esta edición destacamos algunos de los numerosos conciertos realizados por los coros y orquestas de la institución en varios países del mundo.

En Europa, los cantos en honor de Jesús recién nacido resonaron en la histórica catedral de Toledo, España, en presencia de Mons. Francisco Cerro Chaves, arzobispo metropolitano, y en la basílica de Nuestra Señora de la Concepción, de Madrid, junto a Mons. Bernardito Cleopas Auza, nuncio apostólico. En la vecina nación portuguesa, los conciertos tuvieron lugar en el monasterio de los Jerónimos, de Lisboa, en la catedral de Oporto y en la iglesia de la Santa Cruz, de Braga.

Acordes de júbilo y vivacidad igualmente se escucharon en África, en el concierto realizado en la catedral metropolitana de Nuestra Señora de la Concepción, de Maputo, Mozambique.

Pasando a las Américas, las armonías festivas de la Navidad se sintieron en el Fórum Majadas, de Guatemala, donde se congregaron dos mil personas para rendir homenaje al Niño Jesús junto a Mons. Tulio Omar Pérez Rivera, obispo auxiliar; en la ciudad de Nuevo Cuscatlán, de El Salvador; en la Casa Presidencial de Costa Rica, en presencia del jefe de la nación y la primera dama; así como en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá, y en el oratorio de la Madre del Buen Consejo, de Medellín, Colombia. Diversas funciones navideñas alegraron también los corazones en Paraguay: en la catedral de Santa Clara, de Villarrica; en el Santuario Nacional de Nuestra Señora de los Milagros, de Caacupé; en el auditorio del centro comercial Paseo La Galería y en la Cámara de Senadores, de Asunción.

En Brasil, cabe destacar las presentaciones musicales del coro y orquesta de la rama femenina de los Heraldos realizadas en la parroquia María Inmaculada, en la capellanía militar Oratorio del Soldado y en la casa de la propia institución, de Brasilia.

Emilaine Lascovski

Brasilia

Nuno Moura

Monasterio de los Jerónimos (Portugal)

Braga (Portugal)

Fabio Silva

Toledo (España)

Eric Salas

Cámara de Senadores (Asunción)

Xavier Jacob

Colombia

Caacupé (Paraguay)

Ellen Coelho

El Salvador

Roberto Hernández

Madrid

Eric Salas

Mozambique

Arão Mazive

Costa Rica

Guatemala

Frank Murphy

Se le prohíbe a la Policía canadiense usar el escudo de San Miguel

Con base en una ley votada en 2019, que establece a Quebec como un estado laico, las autoridades del Servicio de Policía de la Ciudad de Montreal ordenaron a sus oficiales que quiten de sus uniformes el escudo de San Miguel Arcángel —el santo patrón de la Policía canadiense— con la frase «San Miguel, protégenos», y cualquier otro símbolo religioso durante las horas de trabajo.

Desde su aprobación, esta ley viene siendo contestada por diversos líderes políticos y religiosos, que la consideran una afrenta a la libertad religiosa y un acto claramente discriminatorio.

Reproducción

Beatificada mártir brasileña de la castidad

Isabel Cristina Mrad Campos, brasileña mártir de la castidad, fue elevada a la honra de los altares el 10 de diciembre, convirtiéndose en un modelo de pureza para la juventud de nuestros días. La ceremonia, presidida por el arzobispo emérito de Aparecida, el cardenal Raymundo Damasceno Assis, tuvo lugar en Barbacena (Minas Gerais), y contó con la participación de más de diez mil fieles.

Isabel tenía 20 años y se preparaba para iniciar su formación en Medicina en la ciudad de Juiz de Fora, cuando el 1 de septiembre de 1982 fue atacada por un hombre que estaba montando un armario en su casa. Tras un duro forcejeo y al verse incapaz de vencer la resistencia presentada por la joven, el agresor le asestó quince puñaladas, que le provocaron la muerte. Isabel coronaba de esta forma una vida rica en piedad, oración y frecuencia de los sacramentos.

Un milagro en medio de los bombardeos rusos

En la víspera de la gran solemnidad de la Navidad en la ciudad de Kherson, Ucrania, dos bombas lanzadas por las tropas rusas penetraron en una iglesia católica de rito latino, abarrotada de fieles, e inexplicablemente no explotaron. Según los testigos, una de ellas se rompió al impactar en el suelo y la otra se quedó incrustada en una pared.

Al mencionar lo sucedido, Mons. Stanislav Szyrokoradiuk, OFM, obispo de Odesa-Simferópol, comentó durante la homilía de la misa de la vigilia de Navidad, en la catedral de Odesa: «Están ocurriendo muchos casos milagrosos. Dios manda. Alguien dispara, pero Dios controla las bombas. Si rezamos, si confiamos en Dios, Dios controla las bombas».

Resumiendo un año de persecuciones contra la Iglesia

El año de 2022 termina con un saldo de más de cien sacerdotes y monjas secuestrados, detenidos o asesinados en el mundo. Las alarmantes cifras fueron recogidas por la Fundación Ayuda a la Iglesia Necesitada, y muestran la apremiante necesidad de encontrar soluciones concretas para garantizar la seguridad y la libertad de los religiosos.

Entre los países con mayor número de agresiones se encuentran Nigeria, Haití, México, República Democrática del Congo, Malí, Camerún, Etiopía, Mozambique, Filipinas y Burkina Faso. En China, las comunidades clandestinas sufrieron la pérdida de al menos diez sacerdotes detenidos por las autoridades locales, y en Ucrania cuatro sacerdotes fueron arrestados mientras desempeñaban sus funciones pastorales en los territorios ocupados por Rusia.

Otra situación preocupante es la que viven actualmente los católicos de Nicaragua, donde al menos once clérigos permanecen detenidos por las autoridades, a otros se les ha prohibido salir de sus parroquias y una decena ha sido impedida de regresar al país.

Samucacn (CC by-sa 3.0)

Fallece Mons. Jonás Abib, fundador de Canção Nova

El 12 de diciembre moría en Cachoeira Paulista, Brasil, a los 85 años, Mons. Jonás Abib, fundador de Canção Nova. Su fallecimiento ocurrió después de un largo tratamiento de quimioterapia por mieloma múltiple.

Nacido el 21 de diciembre de 1936, en Elías Fausto (São Paulo), ingresó en el seminario salesiano con 12 años, iniciando su formación y vida sacerdotal bajo el lema *Hecho todo para todos*. En 1978 fundó la Comunidad Canção Nova, reconocida por el Vaticano en 2008. A lo largo de su caminar promovió eventos y retiros para la juventud, inauguró la Radio y TV Canção Nova y dejó una floreciente institución, que actualmente tiene más de mil trescientos miembros en Brasil y en el extranjero. En 2007 recibió del papa Benedicto XVI el título de monseñor, en reconocimiento a los relevantes servicios prestados a la Iglesia.

Reproducción

Profanaciones y actos vandálicos en Europa con ocasión de la Navidad

Las celebraciones de la Navidad fueron ocasión de actos vandálicos contra la Iglesia en Europa. En la capilla del Hospital de Barbastro, España, unos delincuentes abrieron el sagrario y esparcieron las sagradas formas por el suelo. La diócesis manifestó su «tristeza, consternación y condena» por lo ocurrido, mientras las autoridades competentes tratan de identificar a los atacantes.

En Francia, la iglesia de San Roque, en el centro de París, apareció con las paredes manchadas con signos satánicos, esvásticas e inscripciones absurdas. En la ciudad de Lorient, la Iglesia de Santa Ana d'Arvor fue objeto de un ataque en pleno día: los agresores destrozaron varias imágenes, destruyeron el belén y esparcieron las velas por el suelo. Otras iglesias sufrieron atentados análogos en Ruan, Puy-de-Dôme, Burdeos y Niza.

Dos millones más de católicos en Estados Unidos

El Censo Religioso de Estados Unidos (USRC, por sus siglas en inglés), un estudio realizado cada diez años por la Asociación de Organismos Religiosos Americanos, reveló en su última edición, sobre el decenio 2010-2020, que la Iglesia Católica en el país recibió un aumento de dos millones de fieles gracias a las comunidades de emigrantes hispanoamericanos.

Con sesenta y un millones de miembros distribuidos en más de diecinueve mil circunscripciones, hoy los católicos son cerca del 19% de la población de Estados Unidos, y la mayor institución religiosa del país.

La Fiscalía brasileña recomienda el fin del padrenuestro en la escuela

En una nueva embestida de agresivo laicismo, los alumnos de la Escuela Municipal de Educación Básica João Etchebehere, de Rifaina (São Paulo), ya no podrán empezar la jornada académica rezando el padrenuestro. Ésta fue la sorprendente decisión del fiscal Alex Facciolo Pires, acatando una denuncia presentada por una de las profesoras del centro: «Las instituciones públicas deben adoptar una postura neutral en el ámbito religioso, buscar la imparcialidad en estos asuntos y no apoyar o discriminar ninguna religión. El hecho de que ningún padre o madre se haya quejado de la posición de la escuela es irrelevante», declaró el fiscal.

Las demás instituciones de la red municipal también deberán acatar la norma del cese de todas las actividades religiosas o propagación de elementos vinculados a la fe entre los alumnos.

Reproducción

Maravilloso recuerdo de la Navidad en Asís

Frescos del pintor renacentista Giotto iluminaron la ciudad de Asís durante el período navideño, rememorando los primeros belenes de la Historia elaborados por el *Poverello.*

En la fachada de diversas iglesias de la ciudad fueron proyectados los frescos con escenas de la Anunciación y del Nacimiento del Niño Jesús, permitiendo a los transeúntes adentrarse más profundamente en los misterios de la Navidad con más de diez mil metros cuadrados de pinturas.

La oveja, el cerdo y el barro

Unas extrañas carcajadas la despiertan. Curiosa, la oveja se levanta para saber quién puede estar tan contento bajo ese sol abrasador.

Lorena Mello da Veiga Lima

Un verano inclemente. «¡Dios mío, qué calor!», se quejan los animales de la granja. Los caballos tienen un andar perezoso; los asnos se empacan de mala gana; las vacas no quieren salir del establo; las gallinas cacarean malhumoradas… Al menos no les falta agua ni sombra. Todos sufren, es cierto, pero de alguna manera logran mitigar el fastidio.

Una joven, no obstante, se angustia con el calor. A su edad, el pelaje está en el punto ideal para ser cortado por primera vez. Pero Luzidia —que es así como se llama— más que esperar ansiosa la esquila, tiene consumidas sus fuerzas.

—Papá —bala la ovejita—, ¿cuándo recogerá el pastor mi lana?

—Ya falta poco, hija. ¡Aguanta!

—¡Beee! ¡No puedo más!

—Querida mía, espera. Tu madre y yo hemos cuidado extremadamente bien de ti para que tengas un pelaje impecable. El pastor está muy satisfecho…

Descontenta con la respuesta paterna —porque quería ser aliviada enseguida—, la oveja se dirige al estanque a fin de saciar la sed. Cuando va a meter el hocico, ve unos peces que están alegremente nadando.

—¿Qué tal, eh? ¿El sol está pegando fuerte ahí fuera? —pregunta la carpa en tono de burla.

—Bastante…

El guarú, otro pececito, entra en la conversación:

—Pues sí, se nota; la temperatura del agua ha subido, pero estamos bien. Lo duro debe ser estar «abrigada» perpetuamente como tú, Luzidia. ¿No quieres darte un chapuzón?

—¡No sé nadar!

Y se marcha enfadada. Se tumba a la entrada de una cueva, observa el despejadísimo cielo y reflexiona: «Ni una nube hay que tape al astro rey. Hasta parece que la nube, blanquita y esponjosa, soy yo, ¡y he acabado aquí abajo! ¡Ay, qué calor hace! Esperaré al pastor a la sombra; cuando quiera mi lana, ¡que venga a buscarla!».

Molesta por el calor del día, Luzidia se acercó hasta el vallado de los cerdos y vio que se refrescaban alegremente con el barro

Agotada, Luzidia termina quedándose dormida. Después de un rato, unas carcajadas procedentes de no muy lejos la despiertan. «Pero ¿quién puede estar tan contento con este calor?», se pregunta. Entonces se levanta y trata de satisfacer su curiosidad.

A unos metros de donde ella estaba, los cerdos se encuentran retozando en el barro; se sienten alegres porque esta materia fétida y sucia les proporciona frescor. Al aproximarse al lugar, no consigue reprimir su repugnancia.

—Oye, ovejita, ¿qué cara es ésa? ¡Esto es la gloria! —gruñe un viejo y gordo marrano.

Otro gorrino se acerca a la valla. Es joven, como Luzidia. Mirándola de una manera malévola, pero intentando disimular sus intenciones, le dice:

—Oh, cuánto gusto de verte. Mi nombre es Apattor. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Luzidia.

—¿Sabes?, te conozco desde hace mucho. Cuando era un crío, te veía corriendo y saltando por el prado. Tenemos casi la misma edad. Pero confieso que me compadezco de ti.

—¡¿De mí?! ¿Por qué?

—Porque estando aún en la flor de los años, te ves obligada a sufrir este calor insoportable. La juventud, Luzidia, ¡ha sido hecha para ser feliz! Aquí, todos nosotros sabemos aprovechar los placeres de la vida, por eso nos refrescamos de esta manera. Solamente así es posible subsistir. ¿No te apetece probarlo un poquito?

Asustada, y sintiendo el hedor que el barro había dejado en la piel del cerdo, la oveja retrocede:

—¡Jamás! Pronto llegará el pastor y me trasquilará.

—¡Francamente! Mira lo que está tardando… Además, luego te bañas y todo solucionado. Te lo aseguro.

Luzidia se deja engatusar. Se mete por un hueco de la valla, saluda a los demás cerdos y junto con su nuevo «amigo» va hasta el barro y… ¡se zambulle! «Ah, qué fresquito», piensa aquella cuyo nombre ya no puede significar *luz*.

Después de unos momentos de confort, percibe que ya es la hora de volver al rebaño. Se despide de la piara y le responden:

—¡Hasta pronto! ¡Vuelve cuando quieras!

A mitad de camino, no obstante, cae en la cuenta de lo que ha hecho. «¿Cómo voy a presentarme ante mis padres y hermanos con lo sucia que estoy?». Se lo piensa un poco y concluye: «Imposible. Esta noche me iré a dormir a aquella cueva».

Al día siguiente, un desastre: su pelaje se había endurecido por el barro. «¡Ay, Dios mío! ¿Y ahora qué? Tengo que lavarme urgentemente». Y se dirigió hacia el estanque.

—¡Alto! ¡Vete de aquí que nos estás ensuciando el agua! —protestan los peces.

Luzidia lo intenta una y otra vez, pero el barro se le ha pegado demasiado. Entre lágrimas, decide regresar a casa y sufrir la humillación delante de todos.

Su familia se entristece con su deplorable aspecto.

Al ver la miseria en la que había caído su oveja, el pastor no dudó en cogerla entre sus brazos

—Cariño —exclama su madre—, ¿qué te ha pasado? ¡Tu lana estaba magnífica! ¿Qué has hecho?

Sollozando, les confiesa lo sucedido. A causa de su auténtico arrepentimiento, todos se compadecen de ella. Sus padres le dan un prolongado y eficaz baño. Gracias a la dedicación de sus progenitores, ¡vuelve nuevamente a estar blanquísima!

Sin embargo…, el sol continúa inclemente. La ovejita se acuerda de las «delicias» del barro, pero de inmediato le vienen a la mente las nefastas consecuencias. Una lucha se libra en su interior: ¿ceder o no? Poco a poco va cayendo en la tentación y se le ocurre una idea «genial»: ¡cortarse el pelaje! Así, concluye ella, no se ensuciará. Ay, en realidad, la lógica estaba a leguas de distancia de tal pensamiento.

Se esconde y empieza a trasquilarse con poca habilidad, y con un resultado lamentable… Cuando ya cree que es suficiente, corre hasta el barrizal y ¡plaf!: allí se hunde.

—¡Enhorabuena! ¡Eres de los nuestros! —aplauden los cerdos.

—Uyuyuy, Luzidia, creo que te tendrás que quedar a vivir con nosotros. ¿Cómo vas a volver sin lana al redil, ¿eh? ¡Jajaja!

Tan pronto como tales palabras llegan a sus oídos, el miedo invade su corazón, dando lugar a un arrepentimiento sincero.

—¡Dios mío! ¡Qué locura! ¡Mira lo que he hecho!

Huye de vergüenza y recelo de acercarse a su familia; sobre todo, de decepcionar al pastor. Se refugia en aquella misma cueva.

Por la noche cae la temperatura. Siente un frío terrible, nunca había sufrido tanto: ¿cómo va a calentarse ahora? La tristeza le oprime cada vez más el ánimo.

Al amanecer, unos pasos la despiertan. Abre sus ojitos sin moverse y ve a su dueño enfrente. Tomado de compasión, el pastor constata su miseria: sucia, sin lana, helada y con hambre. La ovejita se retrae tímida y temerosa; pero él, sin pensárselo dos veces, se la lleva a su regazo y la abriga con su manto.

El propio pastor es quien la limpia, la viste con una ropita adecuada y la alimenta. Gracias al cariño de su protector y a la docilidad recobrada por Luzidia, un nuevo pelaje le crece, todo blanquito, brillante y suave. ¡Nunca se ha visto lana más preciosa que aquella!

¡Ay! Cuántas veces manchamos la blancura de nuestra alma con los placeres fugaces que nos ofrece el barro del pecado, después de los cuales sólo nos queda vacío, frustración y suciedad. No obstante, mientras estemos dispuestos a retomar el camino correcto, el Buen Pastor siempre sabrá llevarnos de vuelta al redil, a fin de que sigamos produciendo para su gloria la confortable lana de las buenas obras. ✧

Si estamos dispuestos a retomar el camino correcto, el Buen Pastor siempre nos llevará de vuelta a su redil

Ilustraciones: Giuliana D'Amaro

Los santos de cada día

1. Beato Luis Variara, presbítero (†1923). Misionero salesiano de origen italiano fallecido en Cúcuta, Colombia. Se dedicó al cuidado de los leprosos y fundó la Congregación de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

2. Presentación del Señor.

Santa María Dominica Mantovani, virgen (†1934). Primera superiora del Instituto de las Hermanitas de la Sagrada Familia, fundado por ella junto con el beato José Nascimbeni en Verona, Italia, para servir a los pobres, huérfanos y enfermos.

3. San Blas, obispo y mártir (†c. 320 Sebaste, actual Turquía).

San Óscar, obispo (†865 Bremen, Alemania).

Santa María de San Ignacio Thévenet, virgen (†1837). Fundó en Lyon, Francia, la Congregación de las Hermanas de Jesús y María.

4. Santa Juana de Valois, reina (†1505). Esposa del rey Luis XII de Francia, se consagró al servicio de Dios tras haber sido declarado nulo su matrimonio. Fundó en Bourges la Orden de la Anunciación de la Santísima Virgen María.

5. V Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Águeda, virgen y mártir (†c. 251 Catania, Italia).

San Lucas de Lucania, abad (†995). Llevó vida monástica inicialmente en Sicilia y, después, en otros lugares, a causa de las incursiones de los sarracenos. Falleció en el monasterio de los Santos Elías y Anastasio, de Carbone.

6. Santos Pablo Miki y compañeros, mártires (†1597 Nagasaki, Japón).

Reproducción

San Policarpo de Esmirna - Catedral de Chester (Inglaterra)

San Amando de Elnon, obispo (†c. 679). Tras varios años de vida eremítica, recibió la consagración episcopal. Predicó misiones en la región de Flandes y a lo largo del Danubio.

7. San Ricardo, laico (†c. 720). Padre de los santos Wilibaldo, Winebaldo y Walburga, murió cuando iba con los dos primeros de peregrinación de Inglaterra a Roma.

8. San Jerónimo Emiliani, presbítero (†1537 Somasca, Italia).

Santa Josefina Bakhita, virgen (†1947 Schio, Italia).

San Esteban de Muret, abad (†1124). Fundador de la Orden de Grandmont, cerca de Limoges, Francia. Con su vida austera atrajo a numerosos discípulos.

9. Santa Apolonia, virgen y mártir (†c. 250). Tras padecer muchos suplicios, fue quemada viva en Alejandría, Egipto, por negarse a proferir blasfemias.

10. Santa Escolástica, virgen (†c. 547 Montecasino, Italia).

San Guillermo de Malavalle, eremita (†1157). Fallecido en una cueva cerca de Grosseto, Italia, su ejemplo dio origen a numerosas congregaciones de eremitas.

11. Nuestra Señora de Lourdes.

San Pascual I, papa (†824). Promovió las primeras misiones en los países escandinavos y trasladó muchas reliquias de los mártires desde las catacumbas a varias iglesias. Reconstruyó la basílica de Santa Cecilia, de Roma.

12. VI Domingo del Tiempo Ordinario.

Beata Humbelina, priora (†1136). Convencida por su hermano, San Bernardo, a que dejara los placeres del mundo, ingresó con el consentimiento de su marido en el monasterio de July-les-Nonnains, cerca de Troyes, Francia, del cual fue superiora.

13. San Benigno de Todi, presbítero y mártir (†s. IV). Martirizado durante la última persecución contra los cristianos, en tiempos de Diocleciano y Maximiano.

14. Santos Cirilo, monje (†869 Roma) **y Metodio,** obispo (†885 Velehrad, República Checa).

San Vicente Vilar David, mártir (†1937). Reconocido ingeniero de Manises, España, asesinado durante la guerra civil por ayudar a los religiosos y por no renegar de la fe.

15. San Onésimo. San Pablo lo acogió como esclavo fugitivo y en la cárcel lo engendró como hijo en la fe en Cristo, como él mismo le escribió a su amo Filemón.

Febrero

16. Santa Juliana de Nicomedia, virgen y mártir (†s. inc.). Era la única cristiana de su familia. A los 18 años, habiendo rechazado casarse con un pagano, fue presa y decapitada.

17. Los siete santos fundadores de la Orden de los Siervos de María (†c. 1262-1310 Monte Senario, Italia).

San Mesrob, monje (†c. 440). Evangelizador de los armenios y discípulo de San Narsete, creó un alfabeto para enseñarle al pueblo la Sagrada Escritura, tradujo el Antiguo y el Nuevo Testamento, y compuso himnos y cánticos en lengua armenia.

18. Santa Gertrudis Comensoli, virgen (†1903). Fundó en Italia la Congregación de las Hermanas Sacramentinas de Bérgamo, dedicadas a la adoración de Jesús Eucarístico y a la educación de niñas.

19. VII Domingo del Tiempo Ordinario.

Beato José Zaplata, religioso y mártir (†1945). Miembro de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, deportado de Polonia al campo de concentración de Dachau, Alemania, donde murió cuidando heroicamente de prisioneros afectados por una epidemia mortal.

20. San Euquerio, obispo (†c. 738). Desterrado de Orleans por Carlos Martel, tras ser calumniado por unos envidiosos, encontró refugio en el monasterio de Saint-Trond, Bélgica, donde pasó el resto de su vida en oración y contemplación.

21. San Pedro Damiani, obispo y doctor de la Iglesia (†1072 Faenza, Italia).

San Roberto Southwell, presbítero y mártir (†1595). Sacerdote de la Compañía de Jesús que durante varios años ejerció secretamente su ministerio en Londres y alrededores. Encarcelado por este motivo, fue cruelmente torturado y ejecutado en Tyburn por orden de la reina Isabel I.

22. Miércoles de Ceniza.

Cátedra de San Pedro.

Beata María de Jesús d'Oultremont, viuda (†1879). Dama de la sociedad belga que, tras el fallecimiento de su esposo y sin descuidar la educación de sus cuatro hijos, fundó en Estrasburgo el Instituto de las Hermanas de María Reparadora.

23. San Policarpo, obispo y mártir (†c. 155 Esmirna, actual Turquía).

San Juan, monje (†c. 1127). Su madre fue hecha esclava por los sarracenos y llevada a Palermo, Italia, poco antes de su nacimiento. Ella lo instruyó en la fe cristiana y, cuando su hijo cumplió los 14 años, lo envió a la ciudad de sus antepasados. Fuertemente atraído por el heroísmo de la vida de los monjes basilianos de aquella región, se unió a ellos y destacó por sus virtudes y espíritu contemplativo.

Santa Juana de Valois - Basílica de Nuestra Señora de Roncier, Josselin (Francia)

24. Beata Ascensión del Corazón de Jesús, virgen (†1940). Cofundadora de la Congregación de las Misioneras Dominicas del Santísimo Rosario, de Lima.

25. San Gerlando, obispo (†1100). Reorganizó la Iglesia en Sicilia, Italia, tras ser liberada del dominio de los sarracenos.

26. I Domingo de Cuaresma.

San Víctor, eremita (†s. VII). Alabado en los sermones de San Bernardo, murió en Arcis-sur-Aube, Francia, donde vivió en continua unión con Dios, mediante la oración y la contemplación.

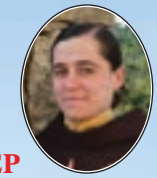
27. San Gregorio de Narek, abad y doctor de la Iglesia (†c. 1005 Narek, Armenia).

Santa Ana Line, mártir (†1601). Sus padres, calvinistas ingleses, la expulsaron de casa cuando abrazó la fe católica. Se hizo guardiana de la residencia de los misioneros de Inglaterra. Denunciada ante los tribunales, fue condenada y ahorcada.

28. San Hilario, papa (†468). Escribió cartas sobre la fe católica, por medio de las cuales confirmó los concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia, enalteciendo el primado de la Sede Romana.

Vox prophetica

Irguiéndose altanero junto a las iglesias, el campanario recuerda a los profetas que hacen sonar en todo tiempo la voz de Dios.



Hna. María Teresa Ribeiro Matos, EP

Subiendo y bajando montañas, bordeando ríos o atravesando valles, recorriendo caminos de tierra o carreteras asfaltadas, el viajero se encuentra a menudo con un determinado paisaje: a lo lejos vislumbra una torre. Al acercarse aún más, distingue sobre ella una cruz. Todavía no se ven vitrales, no se escucha el sonido de un órgano ni se aprecian piadosas imágenes; sin embargo, no hay lugar a dudas: es una iglesia con su campanario.

Junto al templo e irguiéndose por encima de él, los campanarios desafían el tiempo y la distancia, orientando la vida cristiana e indicándoles a todos la presencia de Dios.

Altaneros, esbeltos e imponentes, manifiestan la grandeza del lugar sagrado y dominan en una mezcla de encanto y pujanza propios del que se eleva en busca del cielo.

Verdaderas obras de arquitectura, con formas y tamaños variados, desde el siglo VII los cristianos comenzaron a levantar torres junto a las iglesias. La costumbre se consolidó en la centuria siguiente y, a partir del siglo XI, se convirtieron en una parte integrante, bien de grandes catedrales y de monasterios, bien de pequeñas capillas. No hay quien no las haya admirado, pero pocos tal vez se hayan preguntado cuál sería su utilidad, limitándose la mayoría a pensar que son indispensables por meras razones estéticas.

Al igual que los torreones de las construcciones medievales e incluso premedievales, el campanario es un símbolo de fuerza y vigilancia; desde lo alto, lo abarca todo a su alrededor y escudriña lejanos horizontes. Sería un torreón del homenaje ya no militar sino religioso, del Señor de toda la tierra.

Sin embargo, su finalidad práctica es hacer sonar las campanas, que desde muy antiguo se asociaron al culto litúrgico, y éstas debían estar en un lugar elevado para que fueran escuchadas por todos, como señal de llamada que guiase desde lo alto la vida de los fieles.

¿Cuántos no dejaban sus casas, sus campos, sus quehaceres, al percatarse que tocaban para la hora de la misa? ¿Cuántos clérigos, al tañido del bronce, no dejaban sus celdas o sus labores para ir al canto de los oficios litúrgicos?

Todos sabían interpretar muy bien su voz, ya fuere para ennoblecer una solemnidad, ya una plegaria por un difunto; ora anunciando una tempestad o una catástrofe natural, ora dando la alarma de una guerra. Un antiguo dístico latino nos describe esa voz de mando que procedía del campanario:

Convoco, signo, noto, compello, concino, ploro. / Arma, dies, horas, fulgura, festa, rogos.[1]

Por tanto, acompañando la vida de la Iglesia y guiándola, el campanario puede representar, en un simbolismo superior, a los profetas y varones providenciales a quienes Dios constituye como señal de convocatoria y envía como emisarios de su voluntad en toda época y lugar.

Elevándose de la tierra al Cielo, se hacen escuchar por todos recordando la supremacía de la alabanza divina, anunciando castigos e intervenciones celestiales, y guiando al pueblo hacia Dios. Los profetas, ante todo, marcan en la Historia las horas del Todopoderoso. ✧

---

[1] Del latín: «Convoco a las armas; señalo los días; marco las horas, alerto de los relámpagos; celebro las fiestas, lloro las súplicas».

Iglesia de Santa Bárbara - La Valle (Italia)

Reproducción

Francisco Lecaros

El premio de la fidelidad

Cuando María y José llegaron al Templo, se encontraron con el sacerdote Simeón que, «impulsado por el Espíritu Santo», hacia allí se había dirigido.

La Virgen le entregó a su Hijo, el cual mostró muchísima simpatía por él. Era indescriptible la alegría del venerable anciano al tener en sus brazos al propio Dios. El Niño Jesús tuvo para con él gestos de enorme afectuosidad; mirándolo, le sonrió y con sus manitas le acarició su barba, dejándolo muy conmovido.

La fidelidad de Simeón había alcanzado su extremo y por ello fue premiada con superabundante consolación. La confianza había sido el arma que le obtuvo la victoria contra toda apariencia de fracaso, y le llevó a encontrarse con la Sagrada Familia en el pináculo de la prueba en que se hallaba.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

«La Presentación del Niño Jesús en el Templo», de Pedro Serra - Colegiata Basílica de Santa María de la Aurora, Manresa (España)